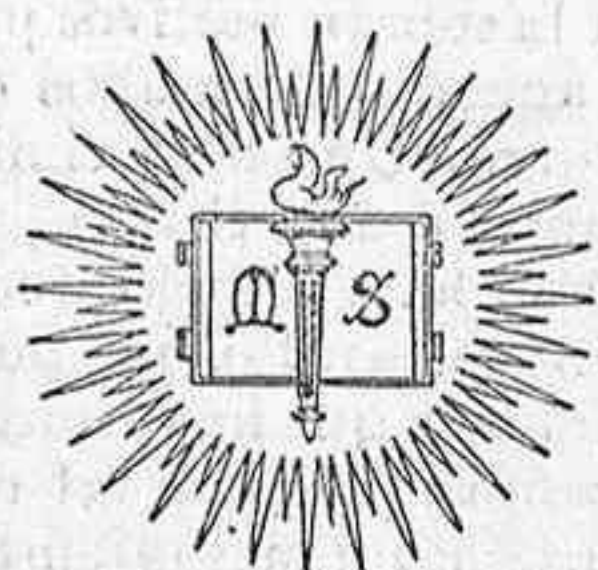


La Ilustración

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.



Artística

AÑO XXII

BARCELONA 30 DE NOVIEMBRE DE 1903

NÚM. 1.144

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALREDEDOR DEL MUNDO, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

SUMARIO

Texto.— *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Costumbres matritenses. Las lavanderas*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Una hora de olvido*, por R. P. — *Desde Melilla*, por Federico Pita. — *El globo dirigible «Lebaudy»*, por F. — *«La damnation du Faust» en el Liceo de Barcelona*, por S. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Crimen de niño*, novela ilustrada (conclusión). — *Los barcos transportadores de trenes en Dinamarca*, por R. B. Pradelle.

Grabados.— *Alrededor del mundo*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — *Madrid. El Asilo de las lavanderas. — La Fe. — La Eternidad*, estatuas de Mariano Benlliure. — *Vistas fotográficas del campamento de Melilla. — Moro vendedor de huevos. — Entrega de tiendas de campaña a los moros. — París. El globo «Lebaudy».* — *Livia Berlendi. — Ramón Blanchari. — Augusto Dianni. — José Torres de Luna. — Busto de Héctor Berlioz*, modelado por Bernstam. — *En el balcón*, cuadro de E. de Blaas. — *Barcelona. Fiestas celebradas en la Casa de Maternidad y Expósitos.* — *Barcos transportadores de trenes. — El príncipe heredero de Alemania subiendo a caballo las escalinatas del palacio de Sans Souci.*

CRÓNICA DE TEATROS

La noche del 13 de noviembre estaba anunciado en Lara el estreno del pasillo titulado *La zahorí*, original de los hermanos Alvarez Quintero. Al llegar al teatro de la calle de la Corredera, el numeroso público que acudía a ver la obra de los dos aplaudidos autores encontró las luces del local apagadas y pintada la tristeza en el semblante de acomodadores y porteros. Lo que motivaba el lúgubre aspecto del teatro era la muerte de Julián Romea, por cuya causa se había suspendido la función.

Inútil es decir que la noticia sorprendió dolorosamente a todos. Aunque hacía tiempo que sus dolencias le impedían trabajar, nadie sospechaba que la enfermedad de Romea estuviese tan cerca de su fatal desenlace. Julián Romea ha muerto a los cincuenta y cuatro años, cuando aún podía aspirar a triunfos escénicos como actor y como autor, pues en ambas manifestaciones del arte teatral tenía dadas pruebas de su ingenio. Heredero de un nombre ilustre y sintiendo imperiosa vocación por la escena, dejó los estudios a que le dedicaran exigencias de familia, y obtuvo, al lado de Manuel Catalina, primero, y de Emilio Mario, después, los aplausos del público. Su vasta cultura, sus finos modales y su talento artístico le dieron legítimo derecho a ocupar un puesto importante en las compañías de primer orden. Sin embargo, el género chico, que tantas perturbaciones y quebrantos ha acarreado a la escena española, le atrajo por razones más económicas, sin duda, que artísticas, y durante largo tiempo le vimos en la Zarzuela alternando con Orejones y Chavitos.

Ultimamente trabajaba en Lara, escenario mucho más en armonía que el de la Zarzuela con sus facultades y talentos. La obra en que tomó por última vez parte fué *Pepita Reyes*, comedia en que vimos también por postrera vez a Manuel Rodríguez. La naturalidad de Romea era grande y mucho su conocimiento de la escena. En el público y en la prensa gozaba de extraordinaria simpatía. Como autor fué muy aplaudido en *El padrino del Nene*, *El Sr. Joaquín* y *La Tempranica*. Componía también música.

Ha muerto pobre, aunque a decir verdad la suerte no fué con él ni desdeñosa ni avara.

Pocos días después de la muerte de Romea se verificó en Lara el estreno, con tan justo motivo aplazado, del pasillo de los hermanos Quintero titulado *La zahorí*. Es un chistosísimo diálogo entre un gañán cazurro, con apariencias de simple, y una gitana adivinadora. Durante los diez minutos que dura la representación el público no cesa de reír; con lo cual queda hecho el elogio del saladísimo entremés.

Simultáneamente se estrenaron en la Comedia y en la Princesa dos obras traducidas del francés: *El secreto de Polichinela*, de Wolf, y *La Castellana*, original de Alfredo Capús. La primera de estas dos comedias pertenece al género sensiblero y la traducción está hecha en una especie de *patois*, que ni es francés ni español. No sé si por esta razón ó porque al público le ha dado por no ir a la Comedia, es lo cierto que la estimable compañía del teatro de la calle del Príncipe trabaja en la más espantosa soledad.

Mucho mejor éxito ha alcanzado en la Princesa la comedia de Capús, traducida con esmero por Ricardo Blasco, titulada *La Castellana*. Recuerda esta obra por su estructura y procedimientos las de Feuille y Scribe, que tanto hicieron gozar a nuestros padres y abuelos. No hay en ella nada de tesis ni de propósitos trascendentales: su principal, ó mejor dicho, su único objeto es entretener agradablemente

a los espectadores, y a fe que lo consigue. Teresa es una excelente señora guapa, elegante, distinguida..., «un ángel descendido de la altura», según la frase consagrada por los románticos. Este ángel tuvo la debilidad de casarse con un mal sujeto, un tal Gastón, jugador y mujeriego, que da a su señora vida de perros y además arruina a ella y a su hijo. Como se ve, a Teresa le sobran motivos para separarse de Gastón, y por acuerdo de ambos cónyuges queda decidido el divorcio. Un acontecimiento inesperado viene, no obstante, a dificultarlo.

A Teresa no le ha quedado de su antigua dote más que un ruinoso castillo, que puesto en venta no le proporcionará más que una cantidad insignificante. La pobre señora está con tal motivo acongojada; pero en la literatura melodramática hay siempre una providencia teatral que todo lo resuelve a favor de los buenos y en contra de los malos. En *La Castellana* dicha providencia está representada por un personaje «simpatiquísimo», Jossán, que se presenta como llovido del cielo ante Teresa y compra galante y generosamente el viejo castillo en la friolera de trescientos mil francos. Este Jossán es un gran tipo: en su juventud fué lo que en España llamamos un *perdís*, pero con tan buena sombra, que al día siguiente de haber perdido en la mesa del baccarrá hasta su último franco, coge y se hace industrial, electricista é inventor, con todo lo cual logra en breve plazo verse poseedor de no sé cuántos millones. Como en él todo es repentino, ver a Teresa y sentirse locamente enamorado es una misma cosa. A Teresa tampoco le parece Jossán costal de paja. Y se comprende. ¿A qué mujer, aunque sea tan angelical como la castellana, no la conmueve un rasgo de trescientos mil francos? El hecho es que Jossán y Teresa arden en llamas de amor, y para unirse cuanto antes como Dios manda en matrimonio, tratan de activar el divorcio de ella con Gastón.

Pero no cuentan con la huésped: el marido, que desde antiguo odia y envidia a Jossán, en cuanto se entera de que éste pretende a su mujer (é intrigado además por una señora intrigante, Madame La Baudiere), resuelve no divorciarse. Teresa se aflige, llora, se desespera; pero allí está Jossán, para quien no hay dificultades ni obstáculos. En efecto, el enamorado caballero busca a Gastón, y con tal elocuencia le habla y de tal modo afea su conducta, que el marido agacha las orejas y deja libre el campo a su rival. El divorcio, por consiguiente, se llevará a cabo, Jossán se casará con Teresa y *tutti contenti*, y más contento que todos el público burgués, que se parece por el género un poco folletinesco y un mucho convencional y falso.

Todo esto, presentado con ingenio y habilidad teatral y realzado por una ejecución primorosa, en la que llevó la palma María Tubau, fué muy celebrado y aplaudido por el público de la Princesa.

Más expectación y curiosidad que las dos obras citadas había despertado el estreno en Madrid de la comedia de Galdós *Mariucha*. El pensamiento del gran escritor no ha podido ser más noble y honrado. Enaltecer el trabajo, presentarlo como la única medicina redentora para los pueblos y para los individuos, aconsejar a los españoles que se despojen de ridículos orgullos y necias vanidades y logren su regeneración y amasen su porvenir con el sudor de su frente, tales son los generosos intentos del autor de *Mariucha*. Para exteriorizar en forma artística su pensamiento, Galdós ha ideado una fábula sencillísima, cuyo eje es el amor de dos jóvenes, aristocráticos ambos, arruinado él por sus locuras juveniles, arruinada ella por el derroche y desbarajuste de la casa de sus padres. Los dos jóvenes tienen voluntad firme, y penetrados de que el trabajo es la fuente de la felicidad y de la virtud, luchan contra todos los prejuicios sociales representados por la familia de *Mariucha*, vencen todos los obstáculos que se oponen a su amor, y finalmente se casan, simbolizando de este modo el triunfo de la voluntad honrada sobre las mentiras é injusticias sociales.

Suele acontecer en las obras simbólicas que el autor, atento más al fondo que a la forma, más al pensamiento que a la acción, sacrifica la lógica de los hechos externos a la integridad de su idea. Algo de esto sucede en *Mariucha*. En el desarrollo de su argumento, fácil sería señalar, puesto que saltan a la vista, no pocas inverosimilitudes: muchas de las cosas que pasan en la comedia no pueden ocurrir en el mundo; el autor las ha agrupado a su gusto, no para reflejar costumbres sociales, sino para dar forma corporal a su pensamiento. Se resiente, pues, *Mariucha* de la necesidad que se ha impuesto Galdós de acomodar todas las partes de su obra a la demostración de su teoría; ha procedido, no como

el artista, que imagina su cuadro con el fin exclusivo de recoger en su lienzo un trozo de la belleza del mundo, sino como el geómetra, que al trazar una figura en el encerado está pensando en el medio mejor para probar la verdad de su teorema.

Citaré una sola escena del drama, en comprobación de lo que acabo de decir. *Mariucha*, convencida por las palabras de León de que sólo desechando falsos prejuicios y abrazando valerosamente el trabajo puede levantarse de la ruina y huir del envilecimiento que de cerca la amenaza, decide despojarse de sus galas y con el producto de ellas emprender nueva vida. Galdós para dar forma plástica a este pensamiento hace que su heroína se desnude en el camaranchón de una escalera y venda su traje a una compradora que se le presenta como llovida del cielo. Claro es que semejante escena está en absoluto fuera de la realidad; pero el autor de *Mariucha* no se proponía copiar un hecho real, sino expresar su idea de que es preciso para levantarnos de nuestra postración romper con ridículas vanidades y despojarnos de inveterados prejuicios a fin de emprender nuevo camino, a la manera que *Mariucha* se desnuda materialmente de su traje a fin de comenzar una nueva vida.

Una parte del público y principalmente los aristocráticos abonados a los días de moda, no han visto ó no han querido ver el significado de la obra, y ateniéndose sólo a lo externo, han mostrado contra ella cierta hostilidad. Esto, unido a la severidad con que la han juzgado algunos periódicos, ha merchado no poco el triunfo que esperaban para la obra de Galdós sus incondicionales admiradores.

Madrid tiene un teatro que puede compararse con el de La Porte Saint-Martin de París: este teatro es el de Novedades. Situado enfrente del Mercado de la plaza de la Cebada y en la parte de la villa llamada *Barrios bajos*, a él acude la flor y nata de la chulería madrileña, juntamente con las personas de medio pelo, que tanto abundan por las calles y callejuelas contiguas y próximas a la célebre plaza. Siendo esto así, a nadie extrañará que el espectáculo propio de Novedades sea el melodrama. De todos los géneros escénicos ninguno llega tan adentro del corazón del pueblo como el género melodramático. Él es el que realiza mejor el ideal sencillo y perfectamente determinado que de la suprema justicia tienen las muchedumbres. En el melodrama, la virtud, que anda perseguida y maltrecha durante cuatro actos y medio, acaba en el final del quinto acto por resplandecer victoriosa; en cambio el traidor, que hasta el momento del desenlace ha estado cometiendo todo género de picardías, lleva al cabo su merecido. Claro es que en el mundo no suelen pasar así las cosas, pero precisamente por eso el público gusta de ver realizado en el teatro un ideal que rara vez se cumple en la vida.

Las dos grandezas, melodrama últimamente estrenado en Novedades, y arreglado a la escena española por D. Gabriel Merino, tiene cuantas condiciones pueden apetecer los aficionados al género melodramático: una joven virtuosa que está a punto de perecer envenenada, una niña lista y redicha que deshace con sus ingenuidades las más tenebrosas tramas, un traidor capaz de los mayores crímenes, y un gracioso bonachón que no cesa de decir patochadas. Con todos estos elementos y con el interés que el autor ha sabido poner en la acción, el público pasa en Novedades cuatro ó cinco horas encantado y disfrutando de las más variadas emociones.

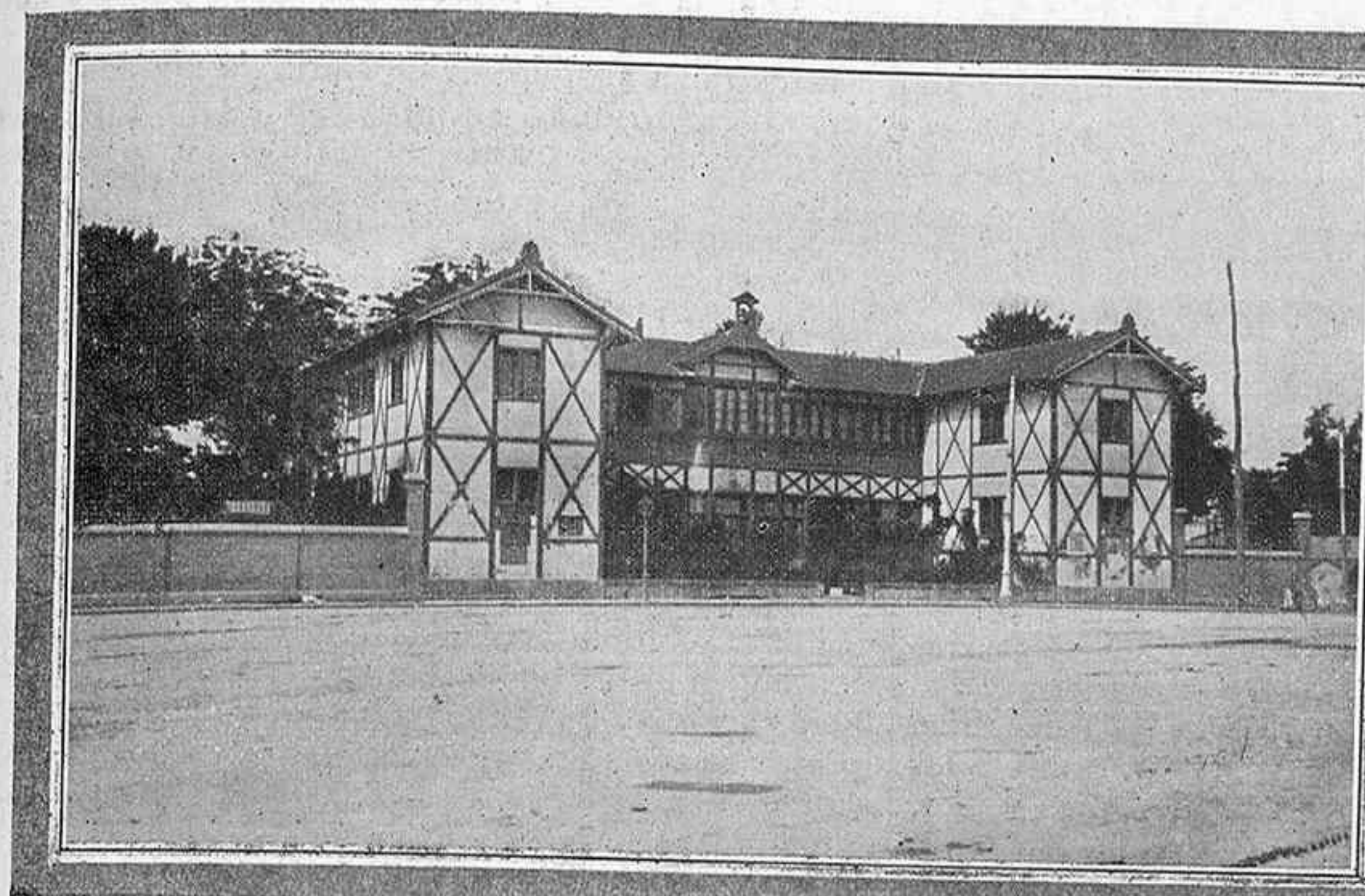
No sale menos satisfecha la concurrencia del teatro de Lara después de asistir a la representación de la comedia en dos actos de Jacinto Benavente, titulada *Al natural*. Es esta obra recientemente estrenada una verdadera joya. En ella hace su autor abundante gala de finísima observación, de arte exquisito y de privilegiado ingenio.

El argumento es sencillísimo: se reduce a presentar el contraste que ofrece la vida cortesana con la vida campesina. Benavente nos hace tan odiosa la existencia convencional y falsa de la alta sociedad en las grandes ciudades, como amable la serena paz del campo.

Claro es que sobre este punto habría mucho que hablar. La vida campesina nos parece encantadora porque la vemos a distancia. ¿Quién sabe si el que más reniega de Madrid no exclamaría al cabo de dos meses de estancia en una aldea, como el personaje de Bretón: ¡*A Madrid me vuelvo!*

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que *Al natural* es una comedia lindísima que llenará durante muchas noches el favorecido teatro Lara.

Costumbres matritenses. - Las lavanderas. - Fotografías de Mariano Pozo



MADRID. - El Asilo de las lavanderas



MADRID. - Los lavaderos del Manzanares

EN LAS BANCAS DEL RÍO

La ribera del Manzanares, el arroyo aspirante á río que le llamó despiadadamente Lope de Vega, compensa el anémico caudal con lo pintoresco de sus márgenes. Alternan allí los ventorrillos de rojas tejas y blancas tapias con las praderas verdes, las pasaderas de tabloncillos renegridos por el tiempo con los monumentales puentes de piedra, las pobedas con los emparrados, pero lo que caracteriza el lugar en su parte más próxima á la población, es una larga red de cuerdas sujetas á estacas que rayan el paisaje como si le cruzara un pentagrama infinito: las tomizas de los lavaderos.

Es una de las notas típicas del río. Váyase allá abajo en miércoles y en cuanto se avista el cauce, desde lo alto del camino de ronda, una fuerte irradiación blanca que ondula hiere los ojos. Las miles de cuerdas han desaparecido, y en cambio, dondequiera que se mire surge una mancha clara, muy viva, que bruñe el sol, que se destaca purísima entre las masas de la vegetación espesa. Es la ropa lavada secándose al viento en los colgaderos; miles de prendas, caprichosamente desparramadas por la ribera, que ondulan movidas por la brisa y que cobijadas por un horizonte turquí de infinita tersura, llenan el espacio de alborozo. Aun en el invierno, en los días sombríos de cielo gris en que la luz cae cernida, esos millares de paños blancos alegran el panorama y traen á la mente ideas de buen tiempo.

Sumerjámolos entre los millares de banderas de paz. El río, aparte su cauce, se destrenza en varias corrientes que en algunos sitios se deslizan bajo techados de esteras; en esas hiladas de agua es donde se asea la ropa, y así las ondas, perdida su prístina transparencia, resbalan formando una masa compacta y gorda, lechosa, con burbujas de jabonadura en los bordes. Inclínalas en las orillas hasta parecer precipitarse, hundidas en la mojada tierra, en el limo renovado sin cesar, chorreando humedad, extiéndense á todo lo largo del caudal las bancas de las lavanderas, la mayoría desocupada porque la ropa de sus dueñas, más diligentes, ondea y cruje en los tendedores con crujidos de gallardetes, y algunas con sus mujeres dentro, remangadas hasta el codo, luciendo los brazos lustrosos por el continuo chapoteo, de rodillas en el angosto cajón, la recia paleta y el jabón en una cazuela al lado, y sobre la tabla con surcos convertida en escalón de cascada, en la que se apoyan y sobre la que echan el cuerpo, las prendas golpeadas con ímpetu, retorcidas, frotadas, apaleadas, que sueltan su impureza en una goma nauseabunda.

En los días en que aún no se ha tendido, esas dos filas de bancas están totalmente ocupadas y constituyen á un lado y á otro una interminable tertulia. De allí parten gritos, voces, carcajadas, cuchufletas, cantares, el rumor fuerte de mucha gente hablando á un tiempo, apagado á veces por los golpes secos de las paletas. Las mujeres se hablan de orilla á orilla, se preguntan, se mofan, se zahieren, y á lo mejor las virginales almillas ó los honrados camisones comienzan á navegar corriente abajo, como velas deprendidas de un buque naufrago, perseguidas por los mozos del lavadero con largas pértigas, mientras en los cajones se mueve infernal algarabía y estalla un tumulto rebosando

imprecaciones, insultos, alaridos y bofetadas. La nube pasa, apresadas las fugitivas tornan á su tabla y el orden torna á reinar en el río sin que manche la sangre su agua de jabón, lo cual no es poca fortuna, porque en más de un bolsillo de percal se aloja la clásica navaja de lengua de vaca.

Fuera de estas discordias intestinas, tumultos mínimos que no suelen llegar ni á la delegación, ocurre á veces en las bancas una asonada en que, dominando sus rencillas personales, se unen todas las lavanderas contra el enemigo común. Es tradicional en la villa y corte que si se las quiere ver furiosas, no hay más que gritar desde el estrecho puente verde, punto en que se domina el arroyo en que trabajan, «¡Todas! ¡todas!» Y es aserto comprobado por la experiencia: en el acto saltan las mujeres de los cajones, se yerguen iracundas empuñando las paletas chorreantes, y en coro apostrofan con tal violencia y con tan terribles interjecciones al malhadado que las insultó, que nadie aguarda el fin de la prueba y de la batahola, temeroso de que aquellas furias asalten la altura ó el paso de tabloncillos se hunda ante su cólera.

Son las bancas, por otra parte, la bolsa de la chismografía. Porque además de las lavanderas de oficio bajan la ropa al río muchas criadas, y cada cual de éstas, entre los comentarios y las risas del respetable público que jabona, ensucia la honra de los años mientras le limpia las prendas interiores, con lo que toda la interioridad de la casa sale á relucir al aire libre. Cualquier circunstancia arma la lengua, lo mismo la coronita de un pañuelo que el zurcido de una sábana. Y en seguida allá va la burbuja de difamación, más espesa que la que allí pellizca el agua, sobre si la señora tiene ó no tiene algo que tapar y sobre si la familia come ó no come para poder comprar ella abrigo de terciopelo y sombrero de última moda.

Todo esto sucede en el tiempo plácido, cuando el sol convida á la expansión y á la charla, en esos días luminosos de primavera y aun de verano en que no hay un corazón ni una hoja en que no rebosa la alegría. Cuando del lavado no parten bromas ni cantares, es que ha llegado el invierno cruel, la temperatura glacial y que bajo aquellos techos de esteras los ojos lloran de dolor al sentir el filo del agua helada cortando la piel de las manos.

EL AGUARDIENTE Y LAS MANOS

Aunque amenazado de muerte, subsiste todavía el tipo clásico de la lavandera, que pronto borrará de nuestras costumbres el progreso implacable, nivelador universal y enemigo declarado de todo lo propio y característico. La lavadora mecánica y el lavado á vapor, heraldos de lo que vendrá después, le han dado el primer golpe. El día en que ambos inventos se popularicen por abaratare, esas bancas del río y esas paletas habrán pasado á la historia. ¿Existe la juventud para la lavandera ó se sucede en ella la vejez á la infancia? Nunca ó rara vez he visto lavanderas de menos de cincuenta años. El rudo oficio no se compadece con las adolescentes frescuras. Diríase que apenas se abre la flor de su pubertad, que apenas se encienden las rosas de sus mejillas, las marchitan las abrumadoras lumbres del estío, los secos hielos del invierno, las inclemencias

de una vida cruel deslizada entre las humedades de un río. El idilio á que todos tenemos derecho en esa edad primaveral en que las penas no flotan, echadas á fondo por la fuerza del corazón, le está vedado á la lavandera. El sol es para ella lo que seca la ropa, el cielo azul lo que le permite lavarla con facilidad. Pero el sol y el cielo azul no se prodigan, y sucediéndose unos tras otros sobre su abril, delicado en la mujer como en la naturaleza, los malos días de lluvia, de frío, de viento y condenada al continuo aire libre sin exención posible, transida bajo el cierzo, busca socorro en la copita de aguardiente, que da dentro del cuerpo un calor ficticio y febril que abrasa fingiendo fortificar, y que en plazo breve significa la muerte de cuanto brilla inefable en el rostro y de cuanto alienta dulce en el alma.

Hay que reconocerlo. La lavandera bebe y bebe aguardiente, pero bebe por necesidad, por desesperación, por un inconsciente anhelo de suicidio. Todo oficio manual es duro, pero soportable de momento, aun tratándose de los abrumadores. El obrero metalúrgico se ahoga en la nave de la fundición: se desnuda hasta no quedarse por pudor sino con el mandil; el obrero de las minas se queda también en cueros en la profunda galería; uno y otro se acostumbran al medio. La lavandera sufre vivamente, en seguida. En el invierno soporta diariamente el dolor cuando la temperatura glacial la obliga á romper el hielo con la paleta para poder lavar la ropa. Yo las he visto en tales circunstancias meter las manos en el agua y retirarlas en el acto llorando de frío y de padecimiento, prueba terrible, porque la necesidad de su obligación les obligaba á volverlas á sumergir en aquel río, las ondas del cual eran de filos de navajas de afeitar.

Lúgubre, negro es cuanto rodea á la lavandera. El río la mata con su hálito, la atmósfera la destroza con sus extremos, á veces hasta la misma ropa sucia de la que saca su jornal la hace enfermar con sus malos gérmenes. Compelida más que obrera alguna á los padecimientos, tiene siempre el hospital en perspectiva y rara es la que no lo ha pisado. Clavada en la ribera, donde vive ó ha de llevarse con ella sus hijos, de que llegan á cierta edad, que antes la caridad se los recoge y cuida en depósito, ó ha de abandonarlos á su suerte, permaneciendo todo el día lejos de ellos. Pues con todo, ninguna de tales desdichas prodúceme la honda conmiseración que sus manos deformadas, moradas, á punto de brotar la sangre en la piel y convertidas por el invierno en una llaga.

EL ASILO DE LAS LAVANDERAS

En la plazoleta donde antaño se alzaba la monumental puerta de piedra de San Vicente, en el borde del montículo por bajo del cual corre el Manzanares y del que arranca la rampa que desciende á la Casa de Campo, se enclava un sencillo edificio con aspecto de helvético chalet, en el que á veces se descubren á su puerta las blancas tocas de las Hermanas de la Caridad. Pasando cerca de la rústica casa óyese salir por sus ventanas cuchicheos de muchas criaturas, ese rumor dulce y agitado á la vez, en el que hay tanto de murmullos como de gritos, que produce la aglomeración de niños. A la caída de la tarde el rumor se convierte en cánticos.

Penetrando entonces en el patio encontraríase uno con un par de centenares de chicas y chicos jugando sobre la arena: las hembras, más tranquilas, al corro; los varones, más inquietos, al toro. Nadie en aquella menuda concurrencia rebasa los seis ó siete años. De pronto una beata que aparece con un cesto. Los rapazuelos trocados en compacta masa de avispa que acude en tropel en busca de la naranja y el zoquete de pan de la merienda. El silencio se

Por modo tal en la vida de la lavandera madrileña hay esa gota dulce que atenúa todas sus grandes amarguras. Porque no puede evitar el hielo del invierno y las manos cortadas y el fuego de la canícula; pero es madre, y ya no la preocupa aquel gran dolor de antaño, aquel ahogo de no saber qué hacer de sus hijos mientras ella permanece en el río el día entero ganándose el pan.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

UNA HORA DE OLVIDO

Éranse tres hijos de un rey que con frecuencia sentíanse muy disgustados de las cosas del mundo. Como cada uno de ellos tenía bajo su gobierno un reino, las preocupaciones les agobiaban y hasta les perseguían en sus sueños, durante los cuales veían tesoros vacíos, súbditos descontentos y

Y dichas estas palabras, desapareció.

Los tres hermanos, asombrados, cogieron cada uno una llave y le dieron tres vueltas entre sus dedos.

En seguida sonó un dulce canto de tan acariciadora armonía, de un encanto tan intenso, que las almas de los tres hermanos sintieron invadidas de una paz profunda é inefable; parecían vislumbrar de repente un mundo nuevo, un mundo mejor, y todo en ellos callaba para escuchar aquella melodía que se elevaba pura, tranquila, consoladora como la voz de los ángeles.

Poco á poco, el canto hizo más fuerte, más potente; nuevas voces se unieron á la primera formando un concierto embriagador que arrastraba á regiones misteriosas á los tres hermanos, quienes cerraban los ojos y se sentían como envueltos en oleadas de armonía. Ora la melodía les mecía dulcemente como en azulado lago, bajo un cielo sonriente y en un ambiente embalsamado por los primeros aromas de la primavera; ora la corriente melódica se precipitaba despertando en ellos nuevas sensaciones, visiones de espesas selvas, de góticas catedrales.



La Fe, estatua de Mariano Benlliure (de fotografía de C. Huerta)



La Eternidad, estatua de Mariano Benlliure (de fotografía de C. Huerta)

impone. La lengua se ha quedado inmóvil, prisionera de los ocupadísimos dientes.

Ya de noche, por la rampa inmediata, con sus talegos áuestas sube el triste cordón de las lavanderas, que trepan á la altura despacio, jadeantes, cansadas del trabajo rudo de todo un día. Cada cual de las pobres mujeres entra en la casa, mira y á poco sale con una criatura de la mano, que suelta un instante para colocarse el fardo de ropa lavada en la cabeza y que vuelve á tomar, perdiéndose bajo los álamos del paseo de San Vicente. Ni una deja de hacer estación en el rojizo chalet de la algarabía infantil, y ni una deja de sacar cogida su niña ó su muchacho. Media hora después reina en el edificio sepulcral silencio: el nido se ha quedado sin un solo pájaro.

Es tal casa el Asilo de las lavanderas, piadosa institución creada por la inolvidable esposa de don Amadeo de Saboya durante el reinado de su marido en España, y sostenida hoy por la no menos generosa intervención de la reina doña Cristina. El fin del Asilo no puede ser más tierno. Aquel chalet suizo por algo se levanta en la altura dominando el río. Allí permanecen los hijos de las desdichadas mujeres que viven de su paleta y su jabón, mientras sus madres asean en sus bancas la ropa que les da de comer. Antes de fundarse el santo albergue esos chicos quedábanse abandonados en cualquier parte, en la calle, en medio del arroyo, en el amplio patio de la vivienda vecinal, jugando con la prole de la vecina, pudriéndose en la vida de la chusma desde que se soltaban á andar; los menos eran llevados por sus madres á la ribera, dejándolos tendidos en el último rincón, sobre el césped, á la vista ó manteniéndolos alejados á los mayorcitos de la corriente, trabajando entre un continuo sobresalto. Era un problema insoluble, resuelto hoy por la caridad que ha creado ese albergue modesto, en que la lavandera deposita su niño al ir á trabajar, recogiendo cuando ya de noche se retira á su buhardilla, quedándose así ella libre y él á buen recaudo y seguro.

pérfidos cortesanos. Obsesionado por tales imágenes su pensamiento no tenía un instante de reposo.

Un día en que los tres estaban reunidos y se contaban sus respectivas penas, el más joven dijo:

— Lo más triste es que en medio de eso que llaman placeres y hasta en nuestros sueños no podemos abstraernos ni por un momento á nuestros cuidados. Si yo lograra siquiera olvidar, pero olvidar por completo, aunque no fuese más que durante una hora del día ó de la noche, no volvería á quejarme y me consideraría asaz dichoso.

— Sí, ciertamente, respondieron los otros dos hermanos; con una hora de olvido soportaríamos fácilmente todas nuestras molestias. Pero ¿dónde encontrar esa bendecida hora?

Apenas formulada la anterior pregunta, descendió sobre ellos una suave luz y se les apareció un hada.

Iba vestida de blanco y en su frente brillaba una estrella; su sonrisa era radiante; su mirada, profunda y como velada.

Tenía toda la majestad de una diosa y toda la gracia de una mujer.

La aparición se acercó á los tres hermanos diciéndoles:

— He oído vuestros lamentos y vengo á aliviaros de vuestras penas. Aquí tenéis tres llaves de oro; cada vez que sintáis que las preocupaciones os acosan, dad tres vueltas á la llave entre vuestros dedos y os encontraréis transportados por una hora á mi reino, en donde se disiparán inmediatamente los disgustos, los pesares y los tormentos ordinarios de la vida.

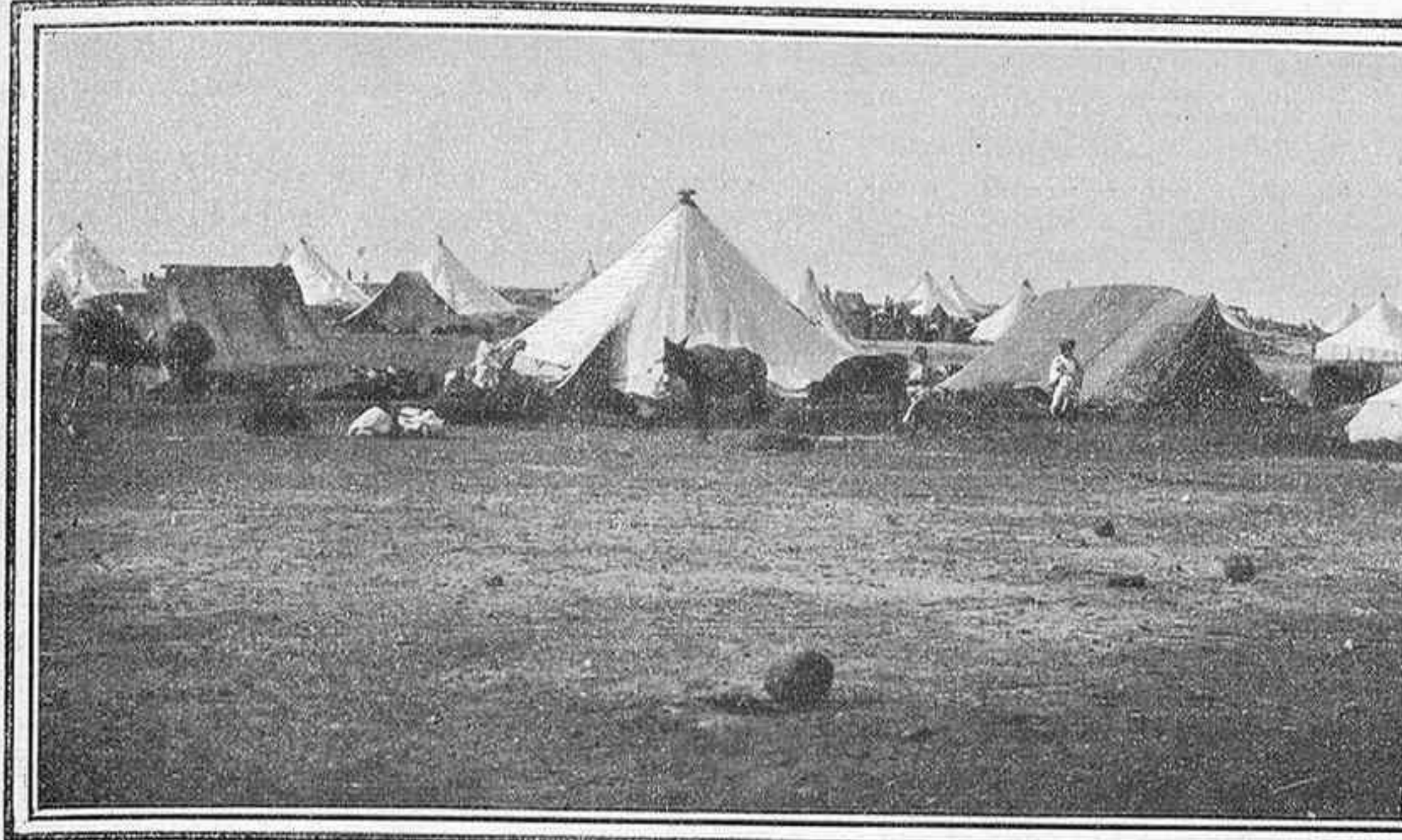
Después, la melodía parecía apagarse, y entonces mezclábase en ella una nueva nota, un lamento tan dulce y á la vez tan conmovedor que llegaba hasta lo más hondo del alma; hasta que al fin los lamentos fueron desvaneciéndose y confundiendo en la armonía general.

Oyéronse todavía algunas notas amplias, llenas, sonoras, impregnadas de majestuosa calma, y luego el canto cesó por completo.

Los tres hermanos seguían escuchando. Encontrábanse otra vez en la tierra y apenas recordaban lo que había pasado antes de su sueño; pero abriendo los ojos vieron en sus manos las tres llaves de oro y delante de ellos al hada que les miraba sonriendo.

— ¡Oh tú, le dijeron cayendo á sus plantas, que nos has dado la llave de tu reino encantador! ¡Dinos de qué genio poderoso eres hija ó de cuál soberano de la tierra descendes! ¡Dinos tu nombre para que te adoremos!

— Alzaos, respondiéndoles el hada tendiéndoles sus blancas manos; no soy hija de ningún genio ni de ningún rey de la tierra. Dios, en un día de compasión hacia la humanidad, me hizo nacer de un rayo de su luz divina. En cuanto á mi nombre, soy la Música. — R. P.



MELILLA. - VISTA DEL CAMPAMENTO MORO



MELILLA. - JUNTA DE MOROS EN EL CAMPAMENTO

Desde Melilla, por Federico Pita. - Fotografías de N. Gómez

¡Y válgame Dios, cómo andan los moritos! Por si Mazuza ó Benisicar quieren al Rogi ó á Abd-el-Asir; por si el cabo Moreno ó El Chadly triunfan en sus empeños; por si el *farruquismo* de unos es mayor que el de otros, han roto el fuego y hanse lanzado

En la playa española, tiendas de campaña sirven de albergue á cientos de moras, chiquillos y ancianos, que piden clemencia á la iras de Ala, simbolizadas por el deshecho temporal que aquí reina.

Allí, entre el humo de los hogares y el pintoresco conjunto de los ganados, se mueven los acogidos, entre recelosos y agradecidos; cubiertas sus faces con el velo del pudor creyente y atisbando desde sus escondrijos cuanto á cristiano trasciende.

Parece una leyenda de ha siglos; un sueño de leyente de Las mil y una noches. Su aspecto es brillante, lleno de color; pero sólo este punto de vista puede sernos útil; como de resultado político, nos atrevemos á asegurar que estos tonos brillantes pierden su *irradiantez*...

* * *

La lucha parece seguir, y quién sabe si el propio Rogi tendrá que venir con sus *cañones* y sus *jarkas* de rebeldes á sojuzgar estos *revoltosos* imperialistas.

Mientras no aparezca por las lomas de Benisicar el cañón triunfador; mientras todo no pase de entre *vecinos*, habrá relativa esperanza de triunfo por uno ú otro bando...; pero cuando aquello llegue, no será extraño ver los derruidos muros de la alcazaba de Frajana y de la posada del cabo Moreno ornados de cabezas segadas por las *mesjanías* de Muley Mohamed.

Veremos; si ocurre esto

* * *

«Huevos como punios. Huevos de pava. Mujeres, comprar huevos españoles...» Todos estos gritos, y aún más, saturados de exageración, atruenan el espacio de la plaza cuando, sonadas las diez, se dejan francas las puertas á la entrada *moruna*.

Moros desarrapados, sucios, con caras ateizadas por el sol africano y con la expresión de pillería socarrona, tan innata en esta raza, corren á través de estas calles tortuosas de la antigua Rusadirs ofreciendo su mercancía.

Si hoy levantaran cabeza aquellos servidores de la casa de Medina Sidonia y vieran estos progresos de amistad y de desarrollo comercial entre españoles y moros, lo creerían efecto de sueño fantástico...

Hoy se ve esto como cosa natural; el moro entra, vende, charla y se *españoliza* de puertas adentro; lo que no evita que al respirar el aire de las vegas de Frajana se vuelva á sentir *farruco* y ansioso de recobrar *plaza*...

El moro de hoy no negaremos que nos odia más que antes, quizás con más arraigo...; pero á pesar de esto, nos contempla como defensor de sus intereses, y en este sentido acude á nuestro campo cuando en el suyo corren vientos malos...

Pero mal ó bien, el vendedor de huevos siempre acude á traficar con su mercancía, que desde cuatro *penas* ha llegado á valer ocho, diez y veinte por docena; pero esto es anormal; el precio normal aclama á doce *penas*. ¡Ni en *Jauja!*

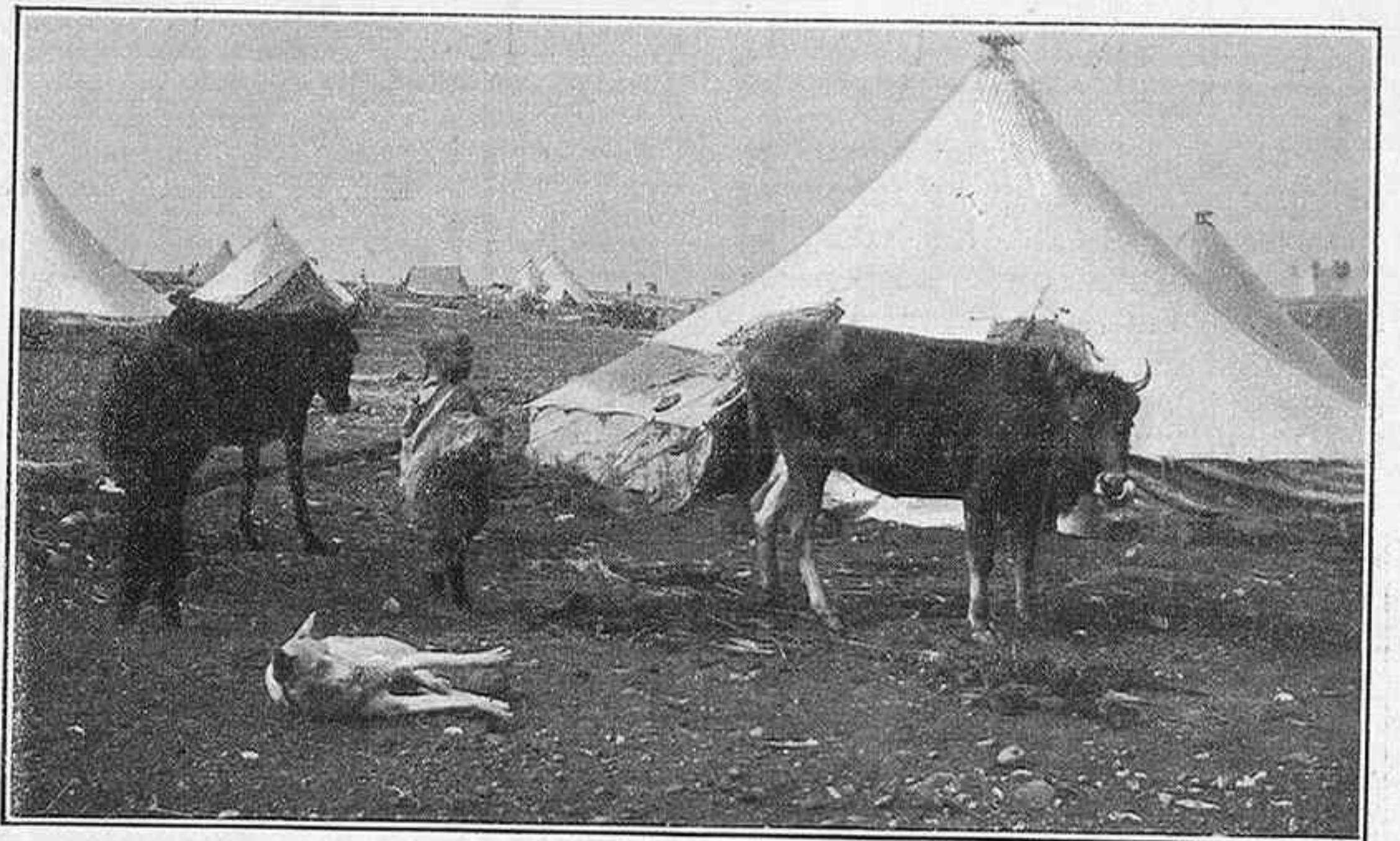
Ya parece que se han tranquilizado los ánimos; pero así y todo, siguen los moritos en su campamento de la playa de los *Cárabos*.

La Administración militar les ha facilitado tiendas y raciones, y con el *estómago caliente* sabe Alá cuánto tiempo seguirán en nuestro suelo. La verdad es que presenta aspecto pintoresco el tal campamento, envuelto en sutil neblina producida por los resoldos de apagados hogares, y salpicado de brillantes tonos por las vestiduras de algunas moras y musulmanes; allí se guisa, se trabaja y se habla hasta de política internacional, echando de menos el terruño arrasado, y recreándose con cuanto á *cristiano* trasciende y para ellos tiene la novedad de lo desconocido...

¡Pobres moras! Allí encerradas entre los lienzos de aquellas tiendas en un tiempo ocupadas por nuestro ejército en Melilla, atisban todo el exterior y desean exhibirse ante los ojos de los visitantes



MELILLA. - Moro vendedor de huevos



MELILLA. - Detalle del campamento moro

á la lucha fratricida que sólo dolores acarrea y pesares trae...

Fuego por doquier. Las llamas del incendio, lamando las vertientes del *Kulla*; los fognazos, relampagueando en el cielo plomizo de un día triste y como pesaroso de tanta desolación... Las familias de los combatientes, abandonando sus heredades envueltas en humo, y pisando esta tierra hidalga que les da protección y amparo...; los rifeños, luchando con el corajudo valor de aquellos invasores en el poder visigodo; cayendo antes que perjurar sus ideales y defendiendo causas que sólo anidaran en el corazón por el temor y por la imposición...

Y entre los bramidos del coraje guerrero; entre los lamentos de los mártires sacrificados ante el estoicismo de Europa; entre los llores femeninos y los gritos de *Ala insor*, ya por Mohamed, ya por Abd-el-Asir, el cielo negro de indignación arrojando raudales de su *preñez* tempestuosa é iluminando las livideces del muerto y los refugios del pusilánime con el rojo luminoso de sus exhalaciones...

* * *

Gran día ha debido de ser este para los conferenciados de La Haya. La paz tan preconizada se ha rehuído por los *vecinos* y el más sangriento coraje ha prevalecido sobre las teorías de Grocio...

continuos, que también van allá en busca de emociones...

El peinado, el traje, los avalorios, en fin, todo cuanto concierne al traje de nuestra mujer, les causa admiración y embeleso; todo les choca y todo lo ambicionan..., pero ¡ay de la que muestre deseo por tales zarandajas *anti-musulímicas!*: el peso de Alá y lo que es peor, el peso de la guma del marido, caerán sobre su cuerpo y le harán pagar caro su antojo.

¡Pobres moritas! Ellas, tan simpáticas, tan vivarachas, tan ávidas de conversación con las cristianas, tendrán que encerrarse en sus tiendas y allí dorar sus recuerdos con el sueño de la ilusión...

Ellos, por el contrario, allí permanecen pensativos y recelosos. Detestan al cristiano y ven con *malos ojos* que ronde por las tiendas de las moras. Por esto las encierran, las ocultan; es natural, los

celos pueden mucho y el temor los acrecienta; es un egoísmo lógico dentro de su salvajismo.

No se mueven de su propiedad casi nómada, temen abandonarla, porque quizás crean que el cris-

y una, en el parque de Moissón, y en vista de sus buenos resultados, los hermanos Pedro y Pablo Lebaudy, deseosos de mostrar su obra á los parisien-



MELILLA. — Entrega de tiendas de campaña á los moros por la Administración Militar

tiano se vaya á apoderar de ella; es el carácter de la raza.

Si se han acogido á nuestro suelo es porque el temor al castigo, á la muerte, al odio de sus contrarios, les ha hecho huir en son de seguro acogimiento. La existencia es muy agradable y la vida en sus comienzos sonrío demasiado halagüeñamente á los que empiezan á vivir.

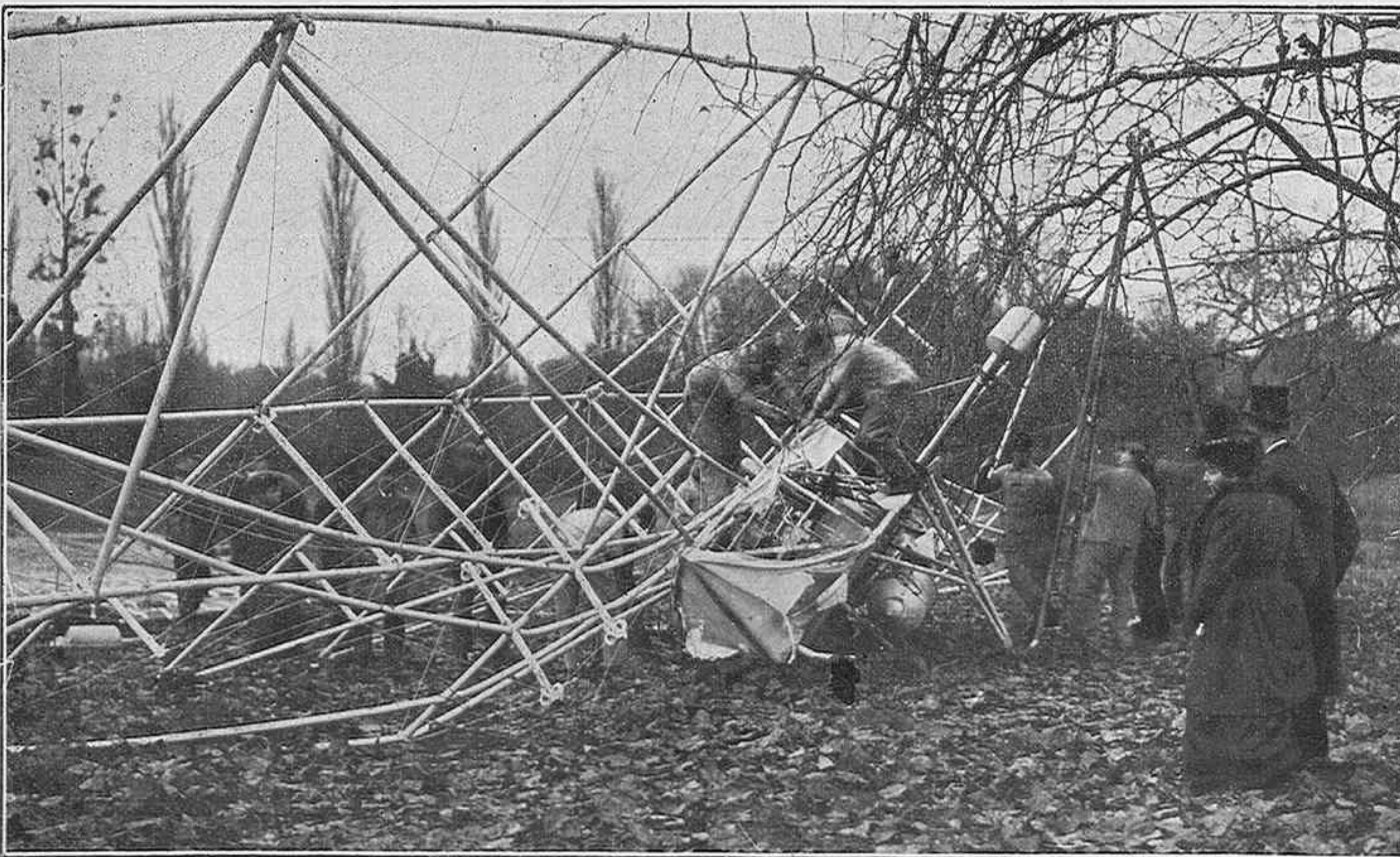
Los niños juegan y corretean por entre las filas de tiendas; los ancianos se pasan el día mirando al Kebdana y á sus laderas y recordando el traidor incendio que los dejó sin hogar; los guerreros recuerdan el fusil depositado y que tanto *jugó* en la lucha antes del vencimiento, y todos dirigen su vista y realizan sus genuflexiones al sol poniente cuando en su carrera diurna va despidiéndose de estas tierras para saludar á otras con la alborada de su nacimiento...

Alá desde el cielo de sus placeres, desde la región de sus promesas, no los abandonará, según ellos...; pero lo cierto es que Alá, si en estas cosas interviene, se preocupa poco de sus sectarios...

Verdad que Alá, por estar tan alto, no debe ocuparse de estas cosas.

EL GLOBO DIRIGIBLE «LEBAUDY»

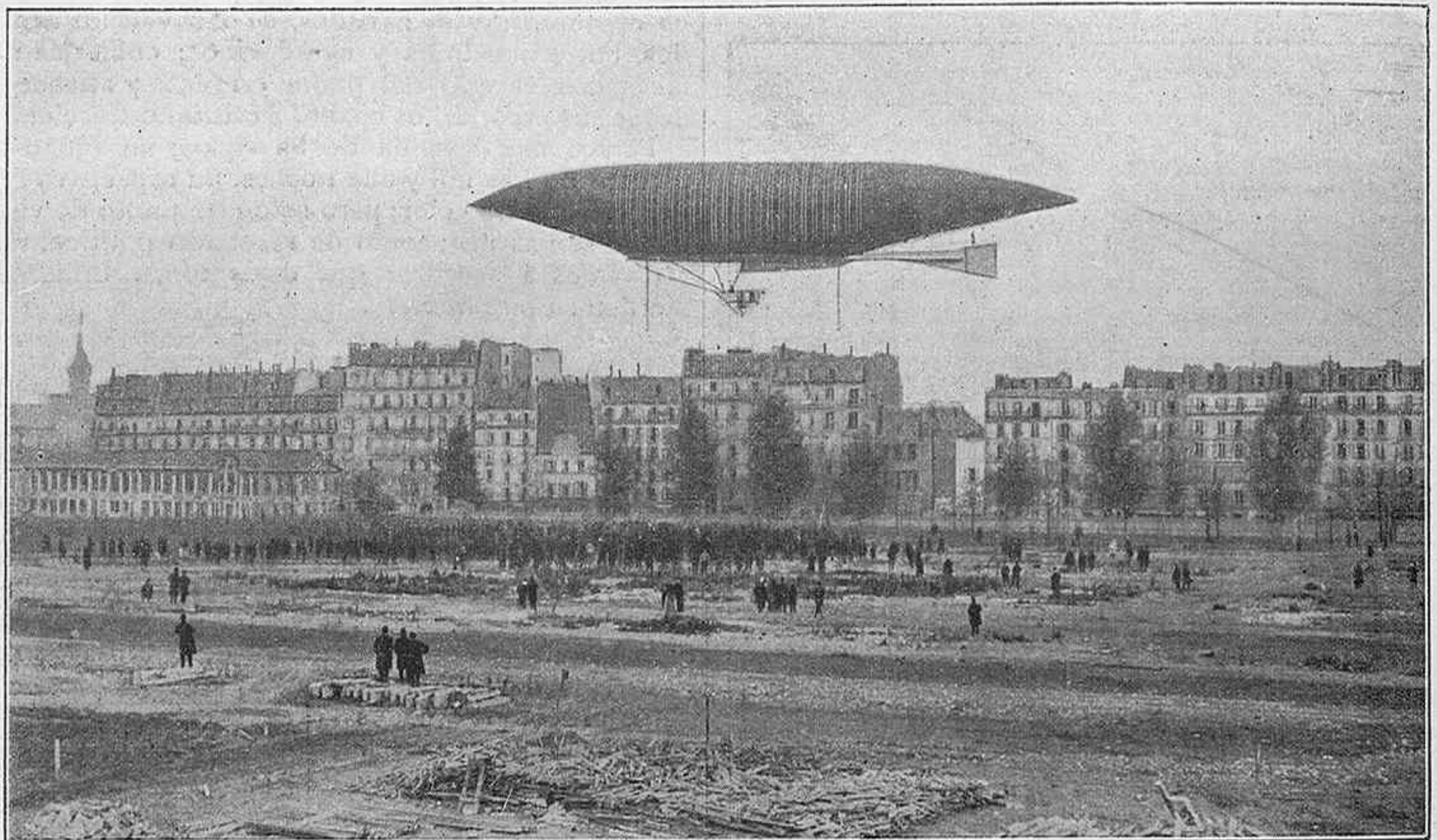
Hace poco más de un año, el 13 de noviembre de 1902, realizó el globo *Lebaudy* su primera salida, y aunque el éxito fué bastante satisfactorio, el mal tiempo hizo que se suspendieran los ensayos, que, dicho sea entre paréntesis, se verificaron con una prudencia y un método que bien podrían servir de ejemplo á muchos inventores. Reanudáronse en la primavera las pruebas, hasta el número de treinta



PARÍS. — Accidente del globo *Lebaudy* á su llegada al parque de Chalais-Meudón (de fotografía de Branger-Doyé)

planes del aparato, esperaban el globo en el mismo sitio en que descendió y que había sido de ante-

plano del aparato, esperaban el globo en el mismo sitio en que descendió y que había sido de ante-



PARÍS. — El globo *Lebaudy* dirigiéndose á Chalais-Meudón (de fotografía de G. Penabert)

mano designado por M. Juchmés, y con ayuda de algunos obreros que trabajaban en la demolición de las ruinas de la Exposición Universal, hicieron

entrar el aeróstato en la galería de Máquinas, adonde acudió en los días siguientes numeroso público para admirar el *Jaune*, que también se le llama así por el color de su envoltura.

Ocho días después, ó sea el viernes día 20, el *Lebaudy* salió de París para dirigirse al parque aerostático de Chalais-Meudón, travesía que efectuó admirablemente en treinta y seis minutos. ¡Lástima que un incidente ocurrido al fin del viaje haya obscurecido el final de una de las pruebas más interesantes, aparte de esto acaso la más afortunada, de la navegación aérea!

A consecuencia de un retraso en la maniobra de aterramiento, el *Lebaudy* chocó contra un árbol, cuyas ramas desgarraron el globo, el cual vino al suelo envolviendo entre los girones de su envoltura á sus dos tripulantes. El suceso fué tan repentino, tan inesperado, que dejó petrificados de espanto á los que lo presenciaron; afortunadamente la caída se había producido á una altura de cinco ó seis metros; y gracias á esto y á la solidez de la barquilla, M. Juchmés y M. Rey salieron indemnes de aquel accidente que hubiera podido tener para ellos consecuencias fatales.

La salida del Champ de-Mars había sido magnífica; el tiempo era hermoso, y aunque el viento era, al parecer, algo fuerte, M. Juchmés resolvió empezar, comenzando en seguida los preparativos. Terminados éstos y á una voz de mando de M. Juchmés, elevóse el *Lebaudy* en perfecto equilibrio entre los aplausos y las aclamaciones entusiastas de la mul-

titud allí reunida: á las once y cuarenta y cuatro minutos, el piloto da orden de poner en movimiento las hélices y el aerostático se pone en marcha, y cifiendo atrevidamente el viento, que sopla del Sudoeste, se aleja rápidamente, atraviesa el Sena, entre el puente de Grenelle y el viaducto del Point du Jour, tropieza con una ráfaga que por un instante lo inmoviliza, pasa por encima de Auteuil, lucha contra una corriente de la que triunfa, endereza la proa hacia los Moulinaux, vuelve á cruzar el Sena cerca de Bellancourt, se ciernen sobre las colinas que conducen á Meudón, alcanza la meseta, y dando inteligentes bordadas, llega á situarse encima del hospital de la duquesa de Galliera.

En el césped que se extiende delante del paseo de Chalais-Meudón algunos conocidos aeronautas esperan al dirigible, cuya visita les había sido anunciada y presencian el magnífico esfuerzo final del *Lebaudy*, que lucha valientemente, durante algunos minutos contra corrientes de excesiva violencia. Al fin el globo va á triunfar: á una orden de Juchmés, Rey imprime al motor el máximo de su velocidad, haciéndole girar á razón de 1.800 revoluciones por minuto, y el aeróstato remonta la corriente y se dirige al cobertizo. Obedeciendo al impulso de su piloto, que con un silbido estridente llama en su ayuda á sus hombres para que cojan el globo y lo inmovilicen, el *Lebaudy*, cuyas hélices se paran, continúa en su impulso, toca á tierra una primera vez y á consecuencia del choque da un bote de siete ú ocho metros, y arrastrado por la corriente es arrojado contra un árbol en donde, bajo la presión interior del gas, el globo hace explosión y su tela se desgarró. — F.

Intérpretes de la ópera «La damnation du Faust,» representada en el Teatro del Liceo de Barcelona



Livia Berlendi (*Margarita*)

Ramón Blanchart (*Mefistófeles*)

Augusto Dianni (*Faust*)

José Torres de Luna (*Brander*)

«LA DAMNATION DU FAUST»

EN EL LICEO DE BARCELONA

«¡Me muero! ¡Al fin se ejecutará mi música!» Estas palabras, llenas de amargura, que pronunció Berlioz en su lecho de muerte, resumían los sinsabores, las tristezas sufridas en vida por el gran maestro y constituían una profecía que el porvenir se ha encargado de realizar.

Sucedióle á Berlioz lo que á todos los innovadores: quiso oponerse á las tendencias de los autores de su época y hubo de luchar solo contra la rutina y contra la malevolencia, viéndose desconocido, ridiculizado y vilipendiado. Ciertamente que su *Romeo et Juliette* tuvo un éxito grandioso; pero todo el goce que este triunfo le produjo quedó pronto destruído por el desdén con que el público acogió *La Damnation du Faust*, en la que cifraba el autor sus mejores ilusiones.

He aquí cómo describe el propio compositor en sus Memorias el génesis de esta obra.

«Hube de decidirme á escribir los versos yo mismo, y procuré no traducir ni imitar el *Faust* de Goethe y sí sólo inspirarme en él. Viajando en silla de posta empecé á componer la «Invocación de Faust á la Naturaleza» y luego fui escribiendo el resto, á medida que me ocurrían las ideas musicales, y donde y cuando podía: en coche, en ferrocarril, en buque y hasta en las ciudades á pesar del trabajo que en ellas me imponía la dirección de conciertos. En una posada de Passau, en la frontera de Baviera, escribí el aria de introducción de Faust; en Viena, la escena á orillas del Elba, el aria de las rosas de Mefistófeles, el baile de las Sílides y en una noche la marcha húngara sobre un tema de Racoczy. El efecto extraordinario que esta marcha produjo en Pesth me sugirió la idea de incluirla en *La Damnation*, tomándome para ello la libertad de llevar á Faust á Hungría y hacerle presenciar un desfile de tropas húngaras. En Pesth, una noche en que me extravié por las calles, escribí á la luz de un mechero de gas de una tienda el tema del coro y ronda de campesinos; en Praga, me levanté una noche á escribir, antes de que se me olvidara, el tema del coro de ángeles para la apoteosis final de Margarita; en Breslau, compuse la letra y la música de la canción latina de los estudiantes; y á mi regreso á Francia, escribí en Ruán el terceto final del tercer acto. El resto lo

hice en París, pero siempre de improviso: en mi casa, en el café, en los paseos ó en los bulevares.»

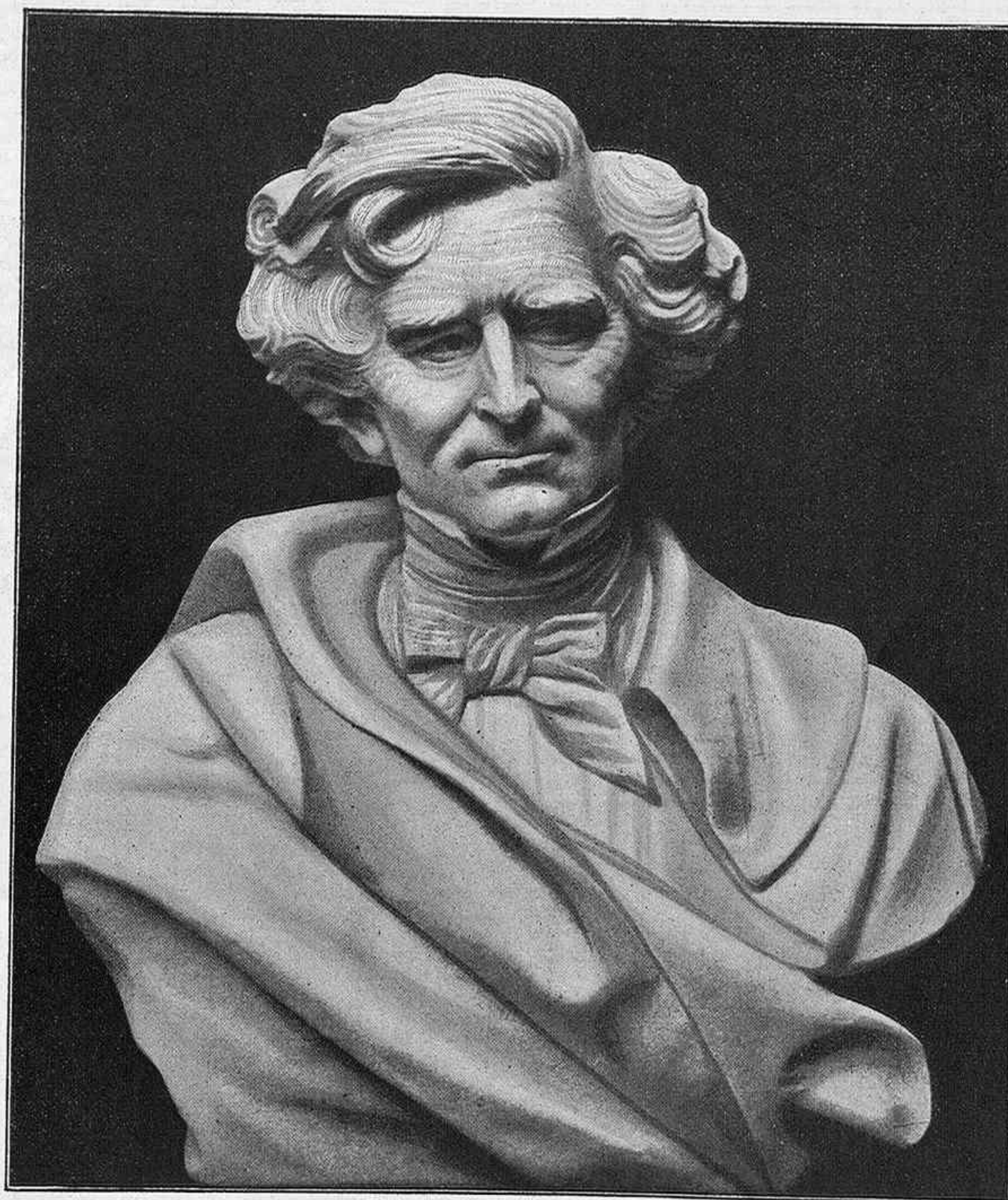
Berlioz compuso esta obra, no para el teatro, sino para conciertos, y así se estrenó en 1846 en la Ópera Cómica de París, y se había venido ejecutando desde entonces, ya entera, ya en fragmentos.

Hará cosa de diez años, concibióse en Francia el

ficaciones indispensables á la adaptación teatral de una obra sinfónica, respetaba la música de Berlioz, y no empleaba para unir entre sí, por medio de los juegos escénicos necesarios para la acción continua de la ópera, más que las distintas partes de la obra misma, sus temas y hasta su instrumentación.

Esta es la partitura que se estrenó en febrero de 1893 en Monte Carlo bajo la dirección del propio autor de la adaptación y la batuta de León Jehin, desempeñando los papeles de Margarita, Faust, Mefistófeles y Brander, Mlle. Felix d'Alba, Juan de Reszké, Melchisedec é Illy. A pesar del éxito grandioso que aquella representación obtuvo, *La Damnation du Faust*, en ópera, no se cantó en París hasta el 6 de mayo del presente año, habiéndose acogido con tanto entusiasmo, que bien puede decirse que fué aquella la más hermosa apoteosis póstuma del gran maestro, que en 1846, después de las dos primeras audiciones de su obra en un teatro casi vacío, escribía: «En mi carrera artística nada me ha herido tan profundamente como esta indiferencia... Estaba arruinado y debía una cantidad considerable que no tenía.» En efecto, por no haber encontrado empresario ni editor, había tenido que pagar el alquiler del teatro y responder de los gastos de ensayo, copia y representación.

La empresa de nuestro Gran Teatro del Liceo ha tenido el buen acuerdo de estrenar en la presente temporada *La Damnation du Faust*, por lo que merece el aplauso de todos los buenos aficionados á la música. Y los merece tanto más cuanto que no ha escatimado medio ni esfuerzo alguno para que la representación de esta obra correspondiera bajo todos conceptos á la importancia de la misma. Su presentación escénica se sale de los moldes pobres y ridículos que durante tantos años prevalecieron en nuestro primer tea-



El eminente compositor francés HÉCTOR BERLIOZ, autor de «La damnation du Faust,» busto modelado por Bernstam

pensamiento de hacer de ella una ópera, y á este efecto abrióse un concurso, en el que se presentaron tres adaptaciones, que fueron sometidas á un jurado, compuesto de miembros del Instituto. Dos de ellas, firmadas por músicos de gran notoriedad, fueron desechadas á causa de los intercalados personales que sus autores se habían permitido introducir y que alteraban el texto y destruían, con la adición de música extraña á la obra, la armonía del conjunto.

La tercera, de Raúl Gunsbourg, fué aceptada por el jurado, precisamente porque al mismo tiempo que introducía en la disposición primitiva las modi-

tro lírico: el decorado es de excelente efecto y se ajusta bien á la acción; los trajes y accesorios son ricos y apropiados, y en algunos cuadros de conjunto, como el desfile militar á los acordes de la marcha húngara, la escena de la taberna de Auerbach y la de las orillas del Elba con el original *ballet volant* de las sílides, satisfacen aun á los más exigentes en la materia.

La ejecución de la obra ha estado confiada á la señorita Berlendi (*Margarita*), Blanchart (*Mefistófeles*), Dianni (*Faust*) y Torres de Luna (*Brander*): todos han cumplido como buenos, sobresaliendo



EN EL BALCÓN, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE E. DE BLAAS, GRABADO POR BONG

entre ellos el barítono Blanchart, que dice é interpreta su parte de una manera verdaderamente magistral. Entusiastas elogios merecen también el maestro Mascheroni, que dirige brillantemente la orquesta, y el maestro de coros Sr. Marín, que ha conseguido con su hábil dirección de las masas corales dos triunfos ruidosos en el coro de bebedores y en el de estudiantes, cantados, á pesar de sus muchas dificultades, con un ajuste y una seguridad superiores á todo encomio.

En las representaciones de *La Damnation du Faust* han podido verse con-

una época cuyas tendencias eran muy distintas de las que hoy han impuesto las llamadas corrientes modernistas, sus obras resultan siempre agradables y las figuras que traza en sus lienzos tienen todo el encanto de los hermosos modelos que en abundancia le ofrece su patria, Italia, y sobre todo Venecia. Como no se trata de un desconocido para nuestros lectores, no nos detendremos en demostrar esta afirmación de la valía de Eugenio de Blaas: las muchas obras suyas que hemos reproducido son la mejor justificación de lo que decimos, y si alguna prueba más se necesitaba, aquí está *En el balcón*, que es una composición bajo todos conceptos bellísima, por la vida que respiran sus personajes, especialmente las cinco lindas muchachas, por el acierto con que están distribuidos los elementos que la integran, por el ambiente que toda ella respira y por los detalles ornamentales que contribuyen á su mayor efecto.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - SALÓN PARÉS. - Últimamente han expuesto en este Salón algunas de sus obras los notables artistas Manuel Feliu, Laureano Barrau y Carlos Vázquez.

Manuel Feliu ha remitido desde París, en donde actualmente reside, una colección de magistrales dibujos, al carbón, al lápiz y á la sanguina, representando tipos, hermosas cabezas de mujer y escenas tan sentidas como admirablemente ejecutadas. Siempre, desde los comienzos de su carrera artística se ha distinguido Feliu por la seguridad y belleza de sus dibujos; mas preciso es confesar que aquellos á que nos referimos son la manifestación evidente de su maestría, la demostración de cuanto puede obtenerse cuando se hallan armónicamente aparejadas la habilidad y la inteligencia.

Varias veces hemos celebrado sus notables producciones pictóricas, reveladoras de las castizas fuentes en que bebió el artista; pero confesamos sin rebozo que los dibujos son dignos compañeros de aquéllas y del buen



BARCELONA. - Fiestas celebradas en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos en conmemoración del 50.º aniversario de su fundación. La misa de campaña.

firmadas las ventajas de la innovación introducida en la orquesta, ocultándola á la vista del público: dicen algunos que tal vez cuando se canten óperas de menos sonoridad, se oirán poco los instrumentos; pero si esto sucede, cúlpese, no á la reforma introducida, que ha dado los mejores resultados en los principales coliseos, sino algo á los músicos y mucho á los que sólo van al teatro á lucir y lo que es peor á hablar, y no en voz baja, durante la representación, molestando á los que creen de buena fe que al teatro se ha de ir á escuchar y á guardar silencio mientras el telón está levantado. - S.



BARCELONA. - Fiestas celebradas en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. - Vista general del lugar en donde se celebró la misa de campaña. A la izquierda, la primera piedra de la iglesia que se va á construir (de fotografías de Merletti).

NUESTROS GRABADOS

Barcelona. - Fiesta de la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. - Para conmemorar el 50.º aniversario de la fundación de este benéfico establecimiento, celebróse el domingo 22 de los corrientes en las Cortes de Sarriá, en donde aquél está situado, una fiesta tan solemne como simpática, á la que asistieron, además de la Junta de Gobierno, las autoridades, representantes de las corporaciones oficiales y una concurrencia tan numerosa como distinguida. En un altar provisional artísticamente adornado y ante el cual daba guardia de honor un piquete de Mozos de la Escudra, rezóse una misa de campaña, terminada la cual el secretario del establecimiento don Carlos Francisco y Maymó leyó una interesante memoria haciendo la historia de la casa. Acto seguido, el Prelado, acompañado de las autoridades, Diputación y Juntas, bendijo la primera piedra del edificio que ha de construirse y cuya nave central está destinada á iglesia, y luego la comitiva, precedida de cruz alzada, recorrió todo el perímetro de la nueva construcción, mientras el clero entonaba las preces de rúbrica y el señor obispo bendecía el terreno. Concluidas estas ceremonias, las autoridades y demás concurrentes recorrieron detenidamente los edificios que constituyen en la actualidad la Casa de Maternidad y Expósitos, admirando su instalación, su organismo y la perfección de todos sus servicios. En celebración de tan grata fiesta, dióse á los asilados una comida extraordinaria y se elevaron algunos globos aerostáticos.

Como hace poco tiempo nos ocupamos extensamente de los inmensos servicios que presta la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos, omitimos hoy toda explicación acerca de este establecimiento, que honra á nuestra provincia y que puede competir con los mejores de su clase del extranjero; pero no terminaremos sin tributar nuestros más sinceros y entusiastas aplausos á la Diputación Provincial que tan bien atiende á esta hermosa institución, á la Junta de Gobierno que con tanto celo é inteligencia la dirige y sobre todo á las Hermanas de la Caridad, á esas santas mujeres que, desprendiéndose de todos los lazos mundanos y abandonando todos los amores terrenales, consagran su existencia al cuidado de esos pequeños desvalidos que la caridad ampara y hacen de madres cariñosas y solícitas de los tiernos seres á quienes una suerte adversa priva del cariño y del cuidado de sus madres verdaderas.

Alrededor del mundo, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. - A la galantería del distinguido pintor y excelente amigo Salvador Sánchez Barbudo debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de sus hermosas obras, que fué adquirida por uno de los más inteligentes coleccionistas argentinos. Cuanto pudiéramos exponer respecto del autor de esta notable producción, lo hemos consignado recientemente y tantas cuantas veces nos hemos ocupado de sus obras. De ahí que hoy nos limitemos á decir que el cuadro titulado, con señalado aticismo y gracejo, *Alrededor del mundo*, ha de estimarse como galana manifestación de las excepcionales aptitudes y condiciones que residen en artista tan meritorio, quien, establecido en extranjero suelo, honra á su patria por medio de sus magistrales obras, contribuyendo á sostener el buen nombre de la clásica escuela española.

La Fe. - La Eternidad, estatuas de Mariano Benlliure, de fotografía de C. Huerta. - Dos nuevas obras del notable escultor Mariano Benlliure enriquecen hoy una de las capillas de la catedral de Cuenca, destinadas una y otra á completar dos monumentos funerarios, construídos recientemente gracias á la munificencia de una piadosa é ilustre dama. Con decir que las estatuas han sido concebidas y modeladas por tan distinguido artista, entendemos basta para señalar su mérito, puesto que son conocidas de todos las relevantes cualidades que posee y sus envidiables aptitudes para el cultivo del gran arte. Así, pues, hemos de limitarnos á hacer constar que las producciones de referencia son manifestación de la variedad de los géneros que cultiva, para él familiares, y apropiados todos para que pueda evidenciar sus facultades y esa concepción verdaderamente genial, á la que indudablemente debe en gran parte la celebridad de que goza.

En el balcón, cuadro de E. de Blaas. - El autor de este cuadro pertenece al número de los pintores de género más apreciados en nuestros tiempos, y aunque procede de

nombre de su autor. Aunque todos merecen señalarse, pues se recomiendan por sus condiciones especiales, hemos de particularizar por su notoriedad una triste pareja, compuesta de una joven y un niño, trazada y concebida con sentimiento y gallardía; un hermoso retrato, que parece inspirado en otros magistrales de la escuela flamenca, y una cabecita de mujer, primorosa y delicada.

El laureado autor del cuadro «Guerra en 1808,» el distinguido pintor Laureano Barrau, ha expuesto á su vez varios cuadros al óleo representando paisajes, tipos y escenas de la región catalana, género en que tanto ha sabido singularizarse, alcanzando tan legítimos triunfos cual los que repetidas veces ha obtenido en el Salón de París. Cada una de las exhibiciones que realiza significa la demostración de sus empeños, el resultado de sus estudios y el decidido propósito de avanzar en el camino que se trazara. No cabe establecer comparaciones y si únicamente aplaudirle, como lo hacemos, por sus cuadros representando un taller de elaboración de taponos, bien observado y mejor dispuesto; un lavadero al aire libre, que contrasta por sus efectos luminosos con el anterior, y el retrato de una bella dama, que con justicia destácase en el centro de la exposición.

Carlos Vázquez, que hace ya algunos años se halla entre nosotros y ha tomado carta de naturaleza en nuestro país, exhibe una interesantísima colección de paisajes suizos, resultado de su excursión veraniega; varios lienzos de bellísimo efecto, y algunos tipos femeninos ejecutados al pastel, dignos de encomio por la frescura, facilidad y elegancia con que han sido ejecutados. Si los jardines que representa el artista cautivan por sus brillantes tonalidades y los pasteles por su jugosa coloración, los paisajes nevados alpinos llevan consigo el sello de la exactitud y de la verdad. Por eso los celebran los inteligentes y en ellos se patentizan las buenas cualidades que atesora tan laborioso como inteligente artista.

Teatros. - Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els ventsuts*, comedia en cuatro actos de Sebastián Gomila, y *La filla del comendador*, pieza en un acto de A. Saltiveri; y en el Eldorado *El jockey*, zarzuela en un acto del Sr. Molas y Casas con música del maestro Coto, y *La primera verbena*, sainete en un acto de los Sres. García Alvarez y Casero.

En el teatro de las Artes ha dado varias representaciones el «Teatre Intim,» habiendo puesto en escena *El barber de Sevilla*, de Beaumarchais, muy bien traducido al catalán por Carlos Capdevila, y presentado con magníficas decoraciones de O. Junyent y A. Gracia; *La Margarideta*, escenas del *Faust*, de Goethe, admirablemente traducidas en verso y adaptadas á las costumbres modernas por Juan Maragall, con bellísimas decoraciones de Moragas y Alarma y Urgellés; y *L'Avar*, de Molière, perfectamente traducido por J. Roca y Cupull, con hermoso decorado de A. Gracia. La ejecución de las tres obras ha sido muy acertada y la presentación escénica, á cargo del director del «Teatre Intim» Sr. Gual, inmejorable.

En Novedades ha dado su tercer concierto la Sociedad Barcelonesa de Conciertos. Bajo la dirección del inteligente maestro Sr. Goberna, la orquesta ejecutó de un modo notable varias obras de Beethoven, Hummel, Mozart, Bach, Corelli, Schumann, Boely y Schubert.

Necrología. - Ha fallecido:

Julián Romea, notable actor y autor dramático español.

Gustavo Larroumet, notable crítico francés, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes.

Alejandro Bain, filósofo inglés, profesor de la universidad de Aberdeen, autor de algunas obras importantes.

Patricio Fracassi, escultor italiano.

Pablo Rink, pintor holandés.

Antonio Rotta, pintor italiano.

Ernesto Stückelberg, pintor suizo.



— ¡Vas á pedir perdón á tu madre en seguida!

CRIMEN DE NIÑO

NOVELA CORTA, POR ALBÉRICH-CHABROL. — ILUSTRACIONES DE SIMON L.

(CONCLUSIÓN)

Roselina había tenido impresiones que confirmaban su fe en ciertas conversaciones con el padre Tarade, su confesor, al que veía de vez en cuando en casa de su tía.

Pero la confesión de su crimen era difícil. ¿Cómo encontrar las palabras necesarias? Roselina sabía que su delito era más complicado que el del pilluelo que coge un puñal y lo levanta sobre su madre. Si empezaba por decir: «Me acuso de haber matado á mi mamá,» el padre Tarade la creería loca. Por otra parte, el catecismo lo dice; el sacerdote necesita saber las menores circunstancias del pecado. Habría, pues, que contarle toda la escena de desconfianzas perversas, de dureza y de cólera, y aquello no se acabaría nunca... Sus compañeras de colegio, que iban con ella á confesarse, se reirían al verla estar tanto tiempo en el confesionario, y si la veían salir de él deshecha en lágrimas, como era indudable, le dirían la broma acostumbrada, esta vez tan horriblemente cercana de la verdad: «¿Pero has asesinado á alguien?»

Roselina resolvió esperar la época de la primera comunión, el año próximo. Podía hacerlo, puesto que sólo entonces recibiría el sacramento de la penitencia después de la confesión general, siempre larga, que cinco ó seis amigas harían al mismo tiempo que ella.

Cuando llegó aquel momento, Roselina mostró toda su alma. ¿Pero fué que, á pesar de su buena voluntad, no supo expresarse? ¿Tuvo, acaso, en el confesionario y ante el representante de Dios, la sensación de aquella mano de su madre que le tapaba la boca?... Ello fué que el padre Tarade, que había oído contar en casa del general la historia de aquel momento trágico en que se encontró á la huérfana ensangrentada á los pies de su madre muerta, y que además estaba muy contrariado al pensar que aquella niña iba á salir llorando de la iglesia y que el general vería en su cara alterada la angustia que tenía en el alma, no se ocupó más que en consolar á su penitente y en tranquilizarla. — Si en otro tiempo había sido una niña poco sumisa, Dios y la muerte se lo habían perdonado en gracia de su arre-

pentimiento... Mañana, al comulgar, sentiría la seguridad de ese doble perdón, y puesto que su corazón había cambiado, no tenía para qué pensar más en aquel pecado de la niñez. — Y como penitencia, le impuso la misma que á las otras niñas: rezar, de rodillas, la letanía de la Virgen.

Roselina se encontró de nuevo desorientada. El padre Tarade había dado un veredicto que no estaba en relación con el sentimiento de su culpabilidad entera, y poco á poco la niña llegó á creer que el sacerdote podía absolver en nombre de Dios, sin penetrar en los rincones de silencio eterno que un alma se reserva contra su voluntad y aun á pesar de su necesidad de revelarse por completo. Sólo su madre hubiera podido comprender, sin la confesión, el crimen de Roselina, puesto que ella había visto desarrollarse su inteligencia minuto por minuto. Era, pues, preciso que el secreto, que apenas había rozado el oído del sacerdote, se quedase entre Roselina y su madre; el secreto del crimen y el de su reparación cotidiana.

Con una lucidez maravillosa, Roselina había comprendido lo que debía ser esa reparación. Los impulsos de vanidad, de insubordinación y de egoísmo la habían conducido al crimen, y la niña había en seguida abandonado á esos malos compañeros de camino que se habían interpuesto entre ella y su madre y habían envenenado la vida de las dos, antes de provocar la triste muerte. Bella, inteligente y juiciosa, Roselina dió ocasión á que dijese de ella la madre de una de sus amigas:

— Es lástima que esta niña no tenga siquiera el orgullo de ver lo que vale; así sería un poco menos perfecta, pero gozaría de sus perfecciones.

**

Roselina no podía tener amigas en el verdadero sentido de la palabra, porque no se confiaba á ninguna y se contentaba con tomar parte amablemente, pero con aire de indiferencia, en la vida de sociedad de las adolescentes. El general, muy orgulloso de ella, abría de par en par las puertas de la

casa á las muchachas de su edad, para ver si la alegría y la animación de las demás excitaban en ella el gusto por la vida que parecía faltarle. Pero en el momento en que Roselina llegaba á la edad de mujer, el general empezó á sufrir ataques de gota bastante alarmantes para obligarle á tomar el retiro. De este modo, Roselina fué llevada á París, á un hotelito que el general alquiló en los alrededores de la escuela militar, por nostalgia del oficio y para tener el gusto de ver á menudo uniformes. Y entonces, enfermo, un poco perozoso y algún tanto egoísta, se alegró de que Roselina no mostrase gusto alguno por la sociedad. No hubiera tenido, sin duda, que llevarla él mismo á los salones, pues para esto habría bastado su hermana; pero se hubiera privado muchas veces de la presencia de aquella niña perfecta á quien adoraba y que ponía inefables reflejos de aurora en el ocaso de su vida. Roselina hacía, pues, la guardia, con la sonrisa en los labios, alrededor de la butaca del general, le leía, sin aparente fastidio, el periódico y memorias de hombres de guerra y aprendía de él, con paciente aplicación, la marcha del ajedrez.

Roselina veía, sin embargo, en su retiro bastantes jóvenes, oficiales de la escuela militar é hijos de los compañeros del general, á quienes sus padres enviaban á casa de éste pensando en el porvenir, y que volvían después, deslumbrados por el puro encanto de aquella linda y modesta joven que habían encontrado allí haciendo casi el papel de hermana de la caridad. Algunos se aventuraron á expresar sus deseos, y tales eran sus probabilidades de fortuna en la vida, que el general, halagado, hubiera concedido de buen grado la mano de su sobrina, á pesar del horrible aislamiento en que se hubiera quedado al día siguiente de la boda.

Pero Roselina no quiso casarse. Se juzgaba demasiado joven y hallaba en casa de su tío toda la dicha que podía soñar por el momento, sin tener la certeza de encontrarla en otra parte. Lo que no decía era que le hacía estremecerse el pensamiento del matrimonio y de sus consecuencias posibles... Le parecía que al casarse y ser madre, era lo justo que

sufriese por sus hijos hasta la muerte, y la muerte misma, ya que ella había martirizado a su madre adorable... Y ante ese probable rigor de una justicia que aprobaba toda su alma responsable, Roselina retrocedía con angustia...

Además, ¿cómo había de encontrarse en su centro al lado de uno de esos hombres brillantes, dedicados por entero a los goces y a las ambiciones del porvenir, ella, que tenía y habría de tener siempre la misión de redimir su pasado?

En fin..., un joven que no era militar frecuentaba casi diariamente la casa del general; era Lucas, el primo de Roselina, un gran amigo de la niñez, de aquella niñez orgullosa y feliz pasada al lado de mamá. Aunque todavía muy joven, Lucas, ya juez suplente en los tribunales del Sena, era casi tan formal como Roselina y poseía una belleza menos fundada en líneas y facciones que en la irradiación sobre su cara de una viril inteligencia. Pero su gravedad, como la de la joven, no era el aspecto exterior de un alma fría ó vulgar. Al contrario, era acaso el justo pudor de una propensión al entusiasmo que se desarrolla hoy difícilmente en medio de una juventud espetada por la sequedad del sentido práctico. Su conciencia estaba siempre despierta en el ejercicio de su profesión, como la de un monje preocupado por la observancia estricta de la regla, y al lado de aquella conciencia, la de Roselina, siempre activa y apasionada, se encontraba en un fortificante unísono. En cuanto se volvieron a ver en casa del general, que invitó a comer al joven, se restableció entre ellos la cariñosa familiaridad de otro tiempo, pero en una forma nueva. Siendo Lucas adolescente, había tenido que someterse a la niña fogosa que sacudía por la menor contrariedad su blonda cabellera de seda. Ya hombre, la encontraba hecha una mujer de encantadora naturaleza, dócil a inclinarse como las flores, y sólo por esto la hubiera amado, aunque su belleza hubiera sido menos fatalmente atractiva. Lucas la amaba y sabía que la primera palabra suya de ternura haría germinar el amor en el corazón de la joven. ¿Por qué no pronunciaba esa palabra? Era aquella una impresión extraña. A juzgar por las maneras tranquilas y por la perfecta serenidad de Roselina, parecía que ésta se había establecido definitivamente en aquella existencia por una especie de vocación. Y precisamente porque no era Roselina mujer de sufrir un destino sin razonarle con toda la fuerza de su inteligencia y de su corazón, Lucas tenía miedo de hacerle la pregunta suprema...

Los años fueron pasando, tranquilos y ardientes a la vez, para Lucas y Roselina, como para todos los seres jóvenes y de sentimientos vivos.

En uno de los primeros días de primavera estaba Roselina paseándose después de almorzar en el jardinito del hotel. El portero y jardinero a la vez limpiaba los cuadros de flores y tenía consigo a su hija, una niña desmedrada y con carita enfermiza, de unos diez años. Roselina estuvo viéndolos trabajar juntos y después se alejó y entró en una estufa donde se conservaban en invierno algunas camelias y azaleas y en la que el general había hecho arreglar una especie de biblioteca donde la joven pasaba todos los días una hora leyendo ó pensando en Lucas, en lo que había dicho el día antes ó en su próxima visita. Hacía cosa de media hora que estaba allí, cuando fué arrancada a sus pensamientos por dos importunas voces regañonas, una de las cuales parecía el insoportable ladrido de un perrillo.

Todo lo que fuera irritación y cólera alarmaba el corazón y los nervios de Roselina y le proporcionaba un verdadero suplicio. Cuando conoció las voces salió de la estufa. La mujer del portero, después de entrar éste en la portería, había ido a buscar a su hija y quería enviarla a la escuela. Pero la pequeña, que había esperado una tarde de holganza y de juego, resistía con obstinación, y en el momento en que apareció Roselina, se había agarrado con toda su fuerza al tronco de un árbol, mientras su madre, perdiendo la paciencia, tiraba del otro brazo y aplicaba a la rebelde un bofetón en un carrillo.

— ¡No voy!.. ¡No voy, aunque me mates! ¡Eres una mala mamá!

Y la niña, en su furor, abandonó la resistencia que le ofrecía el árbol y levantó la mano a su madre.

Roselina, que vio tal cosa, se acercó de un salto, cogió a la niña por los hombros y la hizo doblarse como un junco, de modo que sus rodillas se apoyasen en la arena. Después dijo con una voz ronca que daba lástima:

— ¡Vas a pedir perdón a tu madre en seguida! ¡Infame, infame criatura!

La pequeña, en el suelo, y la portera, que le había soltado el brazo, miraban a Roselina, igualmente extrañadas la una que la otra.

La madre murmuró por fin:

— ¡Oh! Señorita, cuando se encoleriza no sabe lo que hace; pero no es por maldad... Mírela usted; ya se dispone a ir a la escuela.

La niña, en efecto, se estaba levantando con un movimiento tímido y tan asustada de aquella señorita pálida de severidad, que prefería ponerse bajo la protección un poco brutal de su madre. La portera la regañaba dulcemente al llevársela:

— ¿Ves? La señorita Roselina no te mimará más, porque no le gustan las niñas malas...

Roselina se quedó apoyada en el árbol, sintiendo en los nervios la debilidad de la reacción y con la mano en los ojos inundados de lágrimas. Cuando la retiró, vio a Lucas delante de ella, pero a unos pasos de distancia, como petrificado de asombro y de pena. Se adelantó, sin embargo, en seguida, hizo que Roselina se apoyase en su brazo y la condujo a la estufa.

— Roselina, dijo, ¿esa chicuela salvaje le ha hecho a usted mal?

— ¡Oh! Sí; no puedo ver esas cosas. ¡Injuriar a su madre! ¡Levantarle la mano! Esa niña es una criminal...

Y cuando decía «esa niña», Roselina no se refería a la que un momento antes había visto con su estrecho delantal sucio, sino a la niña elegante, con traje de terciopelo, que echaba miradas de sospecha y de desafío al espejo en que se reflejaba su cara enrojecida y su cabello rubio al lado de la pálida belleza de su madre.

Lucas la hizo sentarse en un banco de la estufa, é inquieto por la exaltación que seguía dominándola, quiso calmarla.

— ¡Una criminal! ¡Oh! Roselina, qué inútil emoción... Esa niña es como todas, un animalito que necesita ser domado y domesticado, y creo que lo que acaba de pasar facilitará la tarea de la madre. ¿Sabe usted, Roselina, que se ha aparecido usted a esa criatura como una diosa terriblemente bella?

El joven sonreía sin atreverse a dejar ver en su frase todo el fondo de su alma... Miraba a Roselina y la encontraba mucho más hermosa, ahora que no era más que una joven llorando. Pero Roselina, al enjugarse los ojos, los fijó en él y no vio el ser amado, sino una idea, una conciencia de hombre que debía corresponder con la suya. Entonces dijo con la animación de una alarma:

— ¡Un animalito esa niña, Lucas! ¿Acaso no la cree usted responsable? ¿No cree usted que existen para ella el bien y el mal?

— Permita usted, querida Roselina; la cuestión tiene dos aspectos. Esa pequeña cree, ciertamente, en el bien y en el mal con todo el rigor de la fe que le han enseñado. Pero en cuanto a declararla enteramente responsable a su edad... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Si supiera usted cuán ansioso, cuán turbado hasta el fondo del alma está algunas veces el magistrado ante los hombres que le son presentados, hombres que debían tener una conciencia formada y libremente determinada para el mal... ¿De qué pasado depende ese presente del criminal? ¿De qué sangre? ¿De qué educación? La responsabilidad, Roselina, es el único eje a cuyo alrededor puede girar la justicia humana; es un instrumento indispensable de utilidad que nos esforzamos por conservar en pie porque mantiene la sociedad en un equilibrio que le impide caer en el caos... Pero en cuanto a discutir el valor filosófico de la responsabilidad...

— ¡No lo haga usted, Lucas!.. ¡Es inatacable!..

Roselina se había puesto en pie, como para hacer la conversación más solemne. El sentimiento de la responsabilidad había sido la significación entera de su vida desde que murió su madre, y la joven quería mejor ser declarada criminal que irresponsable, como si no tuviera voluntad, ni alma, ni corazón para la expiación y el arrepentimiento. ¡Cómo! ¡Todas las nobles angustias por las que hoy se sentía medio justificada, no habrían sido entonces más que terrores nerviosos de un animal dotado de un poco de memoria!.. Lucas, por otra parte, no despreció su opinión de mujer ni desdeñó el discutir con ella, aunque sorprendido por su vehemencia.

— Pero, Roselina, se lo repito a usted; para mí el valor social de la responsabilidad no admite duda y a él ajusto todos mis actos de hombre y de magistrado; pero razonamos como verdad de principio...

Roselina movió la cabeza y se vio en ella una gran vacilación de alma combatida. ¡Había sentido a Lucas tan cerca de ella en los últimos tiempos! ¡Y ahora su amigo iba a herirla en el corazón! Y a pesar de la tentación embriagadora de abrírselo, ¿no debía hacerle la confesión que acaso le detendría

justamente, y hacérsela en aquel momento mismo, saliendo de las vagas teorías generales?

La joven dijo con voz ya temblorosa:

— Lucas, yo no he estudiado filosofía; pero tengo la certeza de que hay verdades que están por encima de todo razonamiento... Una de ellas es la responsabilidad. ¡Nos sentimos tan pronto en posesión de una voluntad, buena ó mala!.. Me ha parecido que se asombraba usted al verme tan conmovida hace un momento, pero era que la maldad de esa niña me recordaba, y a usted debía recordarle también, pues me vió en otro tiempo con mi madre, lo mala hija que yo fui para con ella...

El dolor de su voz penetró hasta el corazón de Lucas... El joven no trató de pensar lo que Roselina iba a decir en seguida; sólo vió que los dos estaban en uno de esos momentos de emoción en que los corazones, fuera de sí, se inclinan irresistiblemente el uno hacia el otro. Se acercó pues, a ella y respondió:

— Lo que recuerdo, Roselina, es que era usted una niña hermosa, a la que yo admiraba y que tenía derecho a todos los mimos y a todos los caprichos... Lo que yo quisiera es estar hoy encargado de la dicha de aquella niña; que no hubiera cambiado; que fuese menos perfecta y muy exigente, y pasar yo la vida satisfaciendo todos sus deseos...

Quiso rodear su talle con el brazo, pero ella le contuvo con un ademán de sus manos trémulas... Lucas lo había dicho: «¿De qué pasado, de qué sangre proviene el presente de un criminal?» Era preciso que lo supiese todo antes de cambiar las promesas supremas... ¿Por qué, pues, aquella mano de su madre seguía pesando sobre los labios de Roselina y cortaba al paso todas sus palabras?

La joven siguió hablando, mostrándose verdaderamente heroica:

— Se lo aseguro a usted, Lucas, he sido una hija perversa... ¡Si usted supiera!.. He hecho sufrir a mi pobre madre... como esa pequeña a la suya, hace un momento..., y mucho más...

Pero Lucas no se separó, y dijo sonriente:

— ¿Cree usted que yo he sido un santito? Recuerdo haber hecho tales travesuras que todavía me ponen coloradas las orejas... Esto asegura la indulgencia a los niños que uno tiene después... ¡Nuestros hijos, Roselina! ¡Los queríamos con toda nuestra alma!

Roselina no tuvo ya miedo alguno en su espíritu ni la menor resistencia en sus labios. ¡Amaba y era amada! Su alma se asemejó en aquel momento a esas flores acuáticas que del fondo sombrío de un amargo lago surgen a una luz de aurora y que parecen ignorar el abismo en que se sumergen sus raíces. La pálida sombra de su madre se había borrado por sí misma, para dejar el puesto a la luz que exhalaban los ojos del prometido triunfante.

Los dos, estrechamente unidos en el pabellón, olvidaron por completo a la niña vulgar cuyo capricho había sacado fuera de sí sus almas y forzólas al exquisito y anhelado encuentro. Cuando Lucas condujo a su prometida a la casa, el general miró estupefacto y deslumbrado la espléndida joven feliz en que se había convertido de pronto Roselina, sus ojos verdes inflamados de ardiente y dulce alegría, y sus labios de rosa, como asombrados de sonreír... Antes de que los jóvenes dijese una palabra, el general estrechó la mano a Lucas y le dijo:

— Gracias, bravo joven; nunca hubiera creído que hubiese alguien capaz de infundir a esta niña la fe en la felicidad.

* * *

La felicidad duró tres meses. Roselina la experimentó primero en un rápido viaje de novios a Argelia, y fué tal, que los goces abundantes de aquella naturaleza africana, que aplastan los corazones vacíos, fueron como un soplo de brisa favorable para la expansión de su dicha. El agradecimiento trajo pronto a los recién casados a casa del general, cuyas cartas, aun sin quererlo él, denotaban una gran tristeza desde la partida de Roselina. Y la felicidad continuó todavía. Pero pronto empezó el eclipse. Al principio sólo fué un punto sombrío, una alarma, una ansiedad en el corazón de Roselina..., y por fin, no tardaron en invadirlo por entero completas tinieblas. Dentro de unos meses iba a ser madre, y desde que adquirió esa certeza, que endulza la vida triunfal de las demás mujeres amadas, empezó a ser una agonía para ella la sonrisa que continuaba mostrando a Lucas. Pero en cuanto éste se marchaba al Palacio de Justicia, Roselina, abandonando hasta al general, que estaba inquieto y alarmado sin atreverse a decirselo al marido, se refugiaba en la estufa del jardín y permanecía allí

horas y horas llorando y acusándose. La alteración nerviosa que sienten casi siempre las mujeres en su estado, favorecía, sin duda, la turbación de su alma, siempre entera y fogosa, entregada por completo al amor en los últimos tiempos, como antes al arrepentimiento y á la penitencia y ahora al terror...

¡Un hijo! ¡Roselina iba á dar á luz un hijo! Un hijo que tendría todo su pasado y el instinto de un crimen en la sangre y en el alma... El impulso, la corriente, serían sin duda invencibles..., y un día ese niño se arrojaría sobre ella como ella se había arrojado sobre su madre y tendría el horror de ver que otra Roselina era lo que tanto le espantaba haber sido ella... Y si era un niño, ¿no saldría predestinado á uno de esos crímenes que arrastran en la vergüenza pública el corazón muerto de una madre y el nombre maldito de un padre?.

¡Oh! ¿Por qué no había sabido disciplinar su corazón hasta el fin y tenerle alejado de los gozes del amor que estaban prohibidos para ella? ¿Por qué aberración, por qué debilidad culpable había escuchado á Lucas, en el minuto mismo en que debía ser mayor su vigilancia y su resistencia, puesto que acababa de presenciar una escena semejante á la que había causado la triste aridez de su vida?

Una tarde en que Roselina se había engolfado así en sus desesperadas meditaciones, Lucas volvió del juzgado y se alarmó al no verla al lado del general.

El anciano le mostró tristemente desde la ventana la estufa del jardín.

— Sí, allí es donde se pasa sola los días... Creí que lo sabías y que juzgabas preferible no decir nada... ¡Ah! Yo esperaba que el matrimonio cambiaría todo esto, pero tenemos que convenir en que la muerte trágica de su madre fué funesta para esta pobre niña...

Lucas corrió á la estufa. Había observado que Roselina parecía menos dichosa que al principio; pero como siempre le acogía con la misma tierna sonrisa, creyó que todo era debido á esas melancolías pasajeras, á esos desórdenes fisiológicos, á esos asombros y á esas inquietudes que son inseparables de la primera maternidad.

Las plantas encerradas en la estufa alargaban en el crepúsculo de invierno sus hojas y sus palmas, como manos que languidecen en un deseo... Entre la confusión que formaban en las banquetas, Lucas no distinguió al pronto á Roselina; pero ella le vió llegar, y no pudiendo menos de recurrir al fin á su marido en aquella infinita angustia, exclamó:

— ¡Oh! ¡Lucas! ¡Lucas!
Pero antes de acercarse á ella, el marido encendió un fósforo y le aproximó á la lamparita colocada en la mesa...

Quería verla en toda su miseria y proceder á una auscultación definitiva.

Cogió las manos que se le ofrecían, ávidas de ser estrechadas y sostenidas, y lleno de admiración, de amor y de piedad hacia su mujer, tan bella y tan querida y que se le presentaba entonces desgraciada y deshecha en lágrimas, le preguntó, atrayéndola á su corazón:

— Vamos á ver, ¿qué tienes? Dímelo todo, hasta lo más cruel. ¿Has dejado de amarme? ¿Te arrepientes de nuestro matrimonio?

— ¡Oh! Sí, sí, me arrepiento...
— ¿Estás loca?

Lucas lanzó esta exclamación á impulsos de un dolor atroz. ¿Podía hablar así en su plena razón,

ella, la mujer que tan feliz y amorosamente se abandonaba pocos días antes á la ternura de su marido?

Roselina continuó, vehemente y desesperada:



... le leía sin aparente fastidio el periódico

— Escúchame, Lucas... ¡Te amo! ¡Te adoro! Al casarme contigo cedí á mi amor... ¡Pero entonces fuí culpable!..

— ¡No digas esa palabra! Te lo suplico. ¡No la digas!

Lucas hacía esta súplica con el corazón torturado. ¡Culpable respecto de él! Sabía muy bien que no había podido serlo, ni antes ni después de su matrimonio... ¡Era, pues, la locura en aquella mujer adorada!..

Pero Roselina siguió hablando, exaltada y ardiente hasta martirizarse con sus propias palabras:

— ¡Sí, culpable!.. ¡Oh! ¡Si entonces te lo hubiera dicho todo!.. ¿Te acuerdas? Estábamos aquí mismo, después de la escena de aquella niña, cuando me pediste que fuese tu mujer... ¡Oh! Yo quería confe-

tuas estaba, naturalmente, presente en su memoria hasta en los más pequeños detalles, y la sorpresa que le produjo la apasionada intervención de Roselina y que entonces se fundió en emociones más poderosas, surgía ahora de nuevo para preocuparle ansiosamente.

Estrechó á la joven contra su pecho y le murmuró al oído:

— ¡Miedo de perderme! ¿Lo tienes hoy todavía, cuando los tres no somos más que uno solo?..

Roselina prorrumpió en un grito desesperado:

— ¡El niño!.. ¡El niño! Él es quien...

— El que hace colmar mi dicha, dijo Lucas con energía. ¿Tienes, pues, temores por tu salud?

— ¡No, no!.. ¡Pero si supieras!.. ¡Lucas, ese niño será malo, como yo lo he sido!.. Lo tendrá en la sangre. ¡Cuando pienso en mi madre, á quien hice sufrir hasta matarla!..

Lucas, aunque creía con inmenso dolor que su mujer seguía delirando, no hizo ninguna protesta. Médico resuelto á curar á la querida

enferma, quiso que ella le ayudase á penetrar hasta el germen del mal.

Como si hablase con lenta reflexión dijo:
— Recuerdo, por haberlo oído contar entonces á mis padres, que te encontraron caída á los pies de tu madre muerta, é inundada en su sangre...

Roselina se apartó de los brazos de su marido, como creyéndose indigna de permanecer en ellos, y respondió:

— ¡Sí, y yo había hecho brotar aquella sangre de su corazón, de su pobre corazón enfermo!.. No, Lucas, no creas que te hablo influida por un recuerdo de terror infantil... ¡Yo había pegado á mi madre!.. ¡Esta mano la había pegado! ¡Sí!..

Y con la mano izquierda se retorció la derecha, criminal y convulsa. Y entonces contó la escena de furor terminada por la aparición siniestra de la muerte, que arrebató á su madre y la arrancó á la hija culpable...

Lucas la escuchaba y la estrechaba más contra su pecho á medida que la veía más alterada por las palabras que expresaban su crimen. Y cuando, terminada la confesión, la joven se calló, agotada por un verdadero sudor de agonía, el marido no trató, ni por un segundo, de engañar á aquella alma severa consigo misma, pero de una severidad ciertamente justa. En aquel momento hubiera creído un crimen el rehusarle la entera responsabilidad que ella reclamaba en su remordimiento. Y con la mano puesta en aquella frente febril y dolorida y obligándola á apoyarse en su pecho varonil, dijo en el tono de un magistrado que instruye una causa:

— ¿Y temes hoy que nuestro hijo, que tu hijo, herede esa savia de cólera que había en ti y que debe haber todavía, aunque todo acto de cólera sea en ti tan imposible, mi dulce y querida mujer?.. Porque los humanos no cambiamos desde la cuna á la tumba; no podemos hacer más que maniobrar en la vida con las fuerzas que hemos recibido, haciendo funcionar á nuestra voluntad las unas ó las otras, como un

general que dispone sus tropas para la batalla. Y créelo; la victoria es para el que más fuerzas posee, cualesquiera que sean, buenas ó malas, y no sólo la victoria, sino el interés de la vida. Con frecuencia he pensado que los santos, que fueron todos unos apasionados, vivieron la vida humana más completa, pues se combatieron á sí mismos, lo que es absolutamente imposible para los animales y para las criaturas vulgares y de instinto grosero. ¡Oyeme,



Y con la mano izquierda se retorció la derecha

sártelo todo y hasta empecé á hacerlo... Pero tus palabras de amor me deslumbraron, hicieron que mi corazón fuese débil... y tuve miedo de perderte.

Lucas reflexionaba... Cualquiera cosa que fuera lo que Roselina tenía en la mente, quimera de locura ó escrúpulo de conciencia demasiado refinada, no podía aliviarse más que provocando la confesión total. La pequeña escena dramática que había precedido al delicioso momento de las promesas mu-

pues, Roselina mía! Esas fuerzas de reacción que los santos nos muestran, las tenías tú, y has dado de ello las pruebas más nobles... Sí, te lo confieso, te recuerdo cuando eras niña; tu belleza me encantaba ya, y hasta tu vehemencia, tu orgullo y tus caprichos, que yo, mayor que tú, satisfacía riéndome... Pero un día se me partió el corazón porque vi llorar á tu madre por la impotencia en que se hallaba de dominar uno de tus momentos de furor... Creo que fué en una merienda que tu madre nos daba para festejar tu cumpleaños. Ese recuerdo permanecía vivo en mí, y cuando el general vino á París y le hice la primera visita, me atormentaba una inquietud... Sabía por mis recuerdos que iba á amarte... Pero la orgullosa mujer que debías de ser entonces, ¿tendría algo más que desprecio para un adorador tan humilde?... Vi, sin embargo, que no eras en casa del general más que un aliento de dulzura y de modestia... ¿Cómo habías cambiado? No me lo pregunté y me acusé, al contrario, de no haber contado, al venir, con la riqueza y la rectitud de un alma como la tuya, que no había podido menos de mostrarse tal como era en la vida. Lo que va á pasar á la sangre y al alma de nuestro hijo es lo mejor de ti misma, hoy en plena fuerza y en pleno valor, gracias á tus nobles luchas íntimas. Convéncete de que esa es una herencia mucho más segura que aquellas llamaradas pasajeras en las que el instinto animal, todavía indómito, triunfó de tu buen fondo. ¡Escucha! Puedes creer al que no quisiera ser un padre maldito después de haber sido un marido tan dichoso: eres la mujer más digna de ser madre...

Y Lucas fortificó estas palabras con un abrazo de amor que dió á Roselina la divina sonrisa de paz y de confianza.

Sin embargo, Lucas no estaba siempre á su lado, y había horas en que sus palabras de cordura y de puro cariño perdían su fuerza cuando la triste frase que gritó Roselina á los pies de la madre exánime aparecía en sus labios ansiosos:

pequeño animal de alma todavía ciega y por eso mismo más exigente.

Débil, aniquilada y sonriendo á su marido, que se inclinaba hacia ella con amor y reconocimiento, la joven madre se dejaba mecer en un océano de bienaventuranza...

— ¡Ah! ¡Miren el rabiosillo!, dijo Lucas, ebrio de júbilo, al oír los vagidos imperiosos de la primera sed de su hijo.

— ¡Se lo perdonaremos siempre todo!, suspiró Roselina con inefable dulzura.

¡Crimen de niño!.. Para juzgarlo, tenía ya Roselina el alma de aquella madre que, herida, la llamó tiernamente á su lado con el último movimiento de sus brazos y el último aliento de su boca... ¡Ah! ¿Acaso no le está perdonado de antemano todo crimen al niño, desde el momento en que la madre acepta el sufrir por él un cruel suplicio y ponerse hasta al borde del sepulcro, para satisfacer su ciego deseo de entrar en el mundo?

¡Crimen de niño!

Y al fin apaciguada, inclinada hacia su hijo, veía Roselina con los ojos de su alma nueva á Aquel de quien todos hemos salido inclinado también sobre nuestras miserias, sobre nuestras faltas y sobre nuestros crímenes, con la misma ternura compasiva y el mismo firme propósito de perdonar siempre...

Conociendo de qué limo hemos sido amados, Él sabe si el bueno podría ser mejor y si el malo podría serlo más... Y ante esos delitos que inspiran horror á la naturaleza humana y cuando le creemos pronto á abrir las puertas de su infierno para precipitar en él para siempre al criminal, acaso deja caer la mano, hace el ademán que perdona, y en el silencio de su luminosa eternidad, se dice una vez más á sí mismo: «¡Crimen de niño!»

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

LOS BARCOS

TRANSPORTADORES DE TRENES EN DINAMARCA

Dinamarca, separada del reino de Suecia por el estrecho del Sund, se compone de grupos de islas, siendo las principales de éstas la de Zelândia, en donde está Copenhague, y la de Fionia, separada de la anterior por el Gran Belt. Enfrente de esta última y separada de ella por el Pequeño Belt, está la provincia danesa de Jutlandia, unida al continente por el Schleswig alemán.

Los diversos ferrocarriles construídos en esas islas están aislados entre sí, y las comunicaciones de isla á isla sólo pueden realizarse por medio de buques, lo cual obliga á trasbordos molestos para viajeros y muy perjudiciales para mercancías. Por otra parte, dados la poca densidad de población y el tráfico relativamente escaso, la travesía de estos estrechos, sea por medio de puentes ó túneles, habría ocasionado gastos desproporcionados con las necesidades del país.

Los ingenieros daneses han tenido, pues, que recurrir á los *ferry-boats*, buques de vapor dispuestos de modo especial que transportan los trenes de una orilla á otra. El primer *ferry boat* establecido en Dina-

marca es el que pone en comunicación Fionia y Jutlandia á través del Pequeño Belt, cuya anchura entre Fredericia y la isla de Fionia es de 2'8 kilómetros, y data de 1872. Actualmente hay instalados siete, que no sólo hacen más cómodo el transporte de viajeros, sino que además han aumentado considerablemente el tráfico, siendo los más importan-

tes el del Gran Belt entre Nyborg y Korsor, que recorre una distancia de 26 kilómetros; el que atraviesa el Sund y pone á Copenhague en comunicación con Malmo (Suecia), recorriendo un trayecto de 50 kilómetros, y finalmente el inaugurado en 1.º de octubre último entre Gjedder y Warnemünde, 48 kilómetros, que sirve para establecer, á través del Báltico, un servicio directo entre Copenhague y Berlín.

La administración de los ferrocarriles del Estado danés posee actualmente para este servicio seis buques grandes y doce más pequeños, todos, á excepción de dos, de ruedas y de una velocidad media de 10 y $\frac{1}{2}$ á 13 nudos. Los grandes, construídos según los mismos principios que los pequeños, sólo difieren de éstos en que tienen en el puente dos vías en vez de una, pudiendo los primeros transportar 18 vagones de mercancías y los segundos seis. En unos y otros, el embarque de vagones puede hacerse por la proa ó por la popa.

La gran dificultad de este sistema de transporte es el trasbordo de los vagones desde el terraplén del muelle al puente del buque y viceversa; para ello se requieren disposiciones especiales sólo practicables cuando no es muy grande la diferencia de nivel entre la bajamar y pleamar. Desde este punto de vista, Dinamarca se encuen-



Roselina le miraba torcer sus manitas...

— ¡Mamá muerta!.. ¡Yo la he matado!

Roselina fué madre en una mañana de primavera, después de los dolores con que hay que pagar ese gozo divino entre todos... La joven esposa vió los ojos de Lucas arrasados de lágrimas ante sus gritos de dolor y le dijo:

— ¿Por qué lloras? ¡No he sido nunca más feliz!

Su hijo estaba ya á su lado, en la almohada, y Roselina le miraba torcer sus manitas y gritar las primeras necesidades y los primeros caprichos de

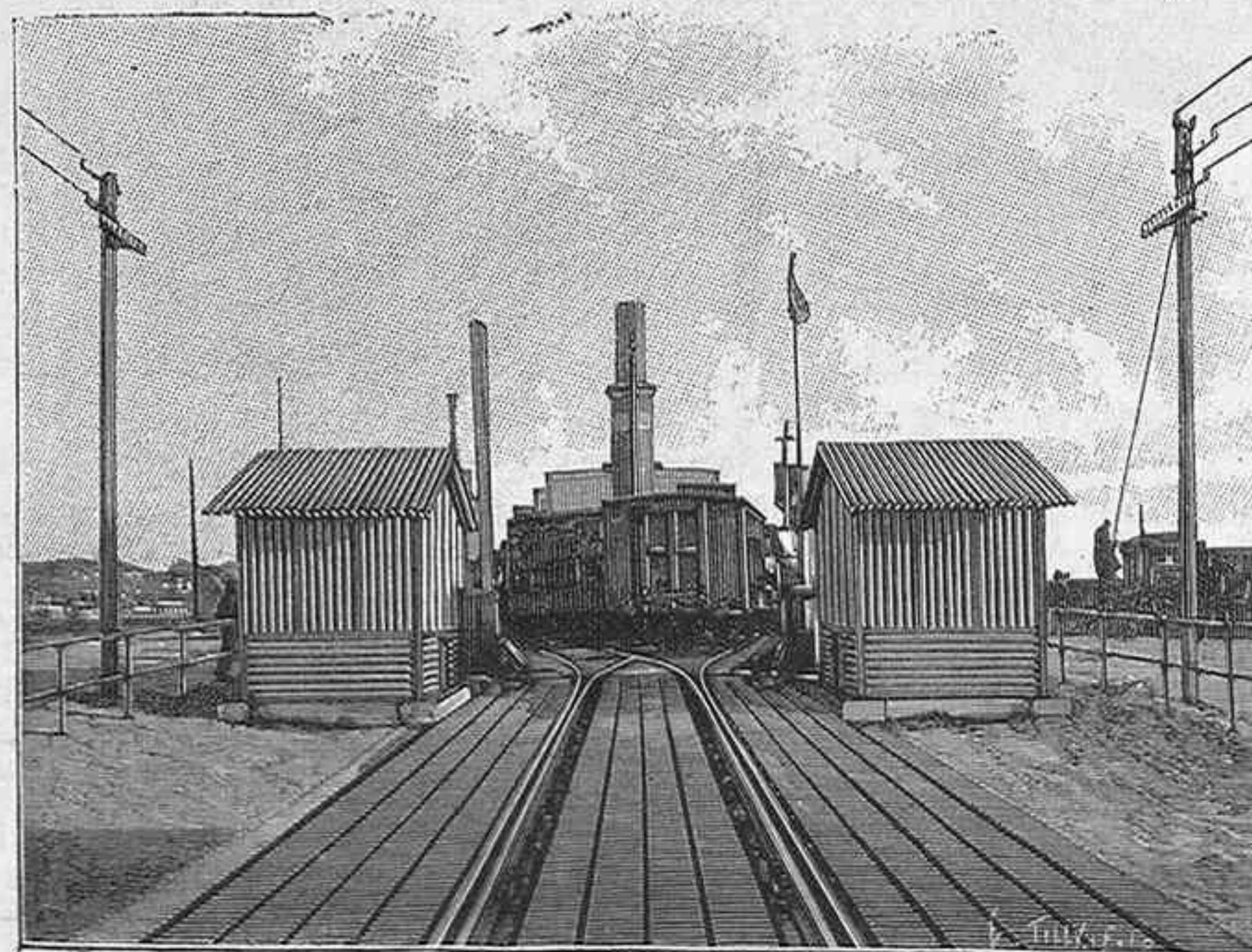


Fig. 1. — Tren atravesando el puente metálico de acero

tra en condiciones especialísimas, pues las mareas son allí casi nulas y los desniveles no pasan de 60 centímetros sobre ó debajo del nivel normal.

Para facilitar la atracada de los buques y el trasbordo de los vagones, se dispone perpendicularmente al muelle una dársena especial cuyos costados se adaptan exactamente á la forma del buque, el cual, al penetrar en ella, se coloca en la posición exacta que ha de ocupar para que los rieles del muelle correspondan á la prolongación de los del buque que ha de recibir los vagones. Varios cojinetes amortiguan el choque en el momento de la atracada. Entre la vía fija del muelle y la del barco se instala un puente metálico de 20 metros, que contiene la vía que ha de permitir el trasbordo de los vagones. Este puente está fijo en el muelle por una articulación y en el buque por una barra articulada que permite al puente seguir las oscilaciones del barco durante el trasbordo. Varios contrapesos equilibran una parte del peso de este puente; el resto del peso carga sobre el barco á fin de evitar que el puente se levante al pasar los vagones. La maniobra para levantar ó bajar el puente se verifica por medio de una cabria movida á mano ó por la electricidad. La inclinación de la vía entre el muelle y el puente del buque es á lo sumo de tres centímetros por metro. La figura 1 representa un tren

en el momento de salir del barco y entrar en el puente metálico; la figura 2 es reproducción del *ferry-boat* «Copenhague» construído recientemente y que presta el servicio entre Copenhague y Malmo.

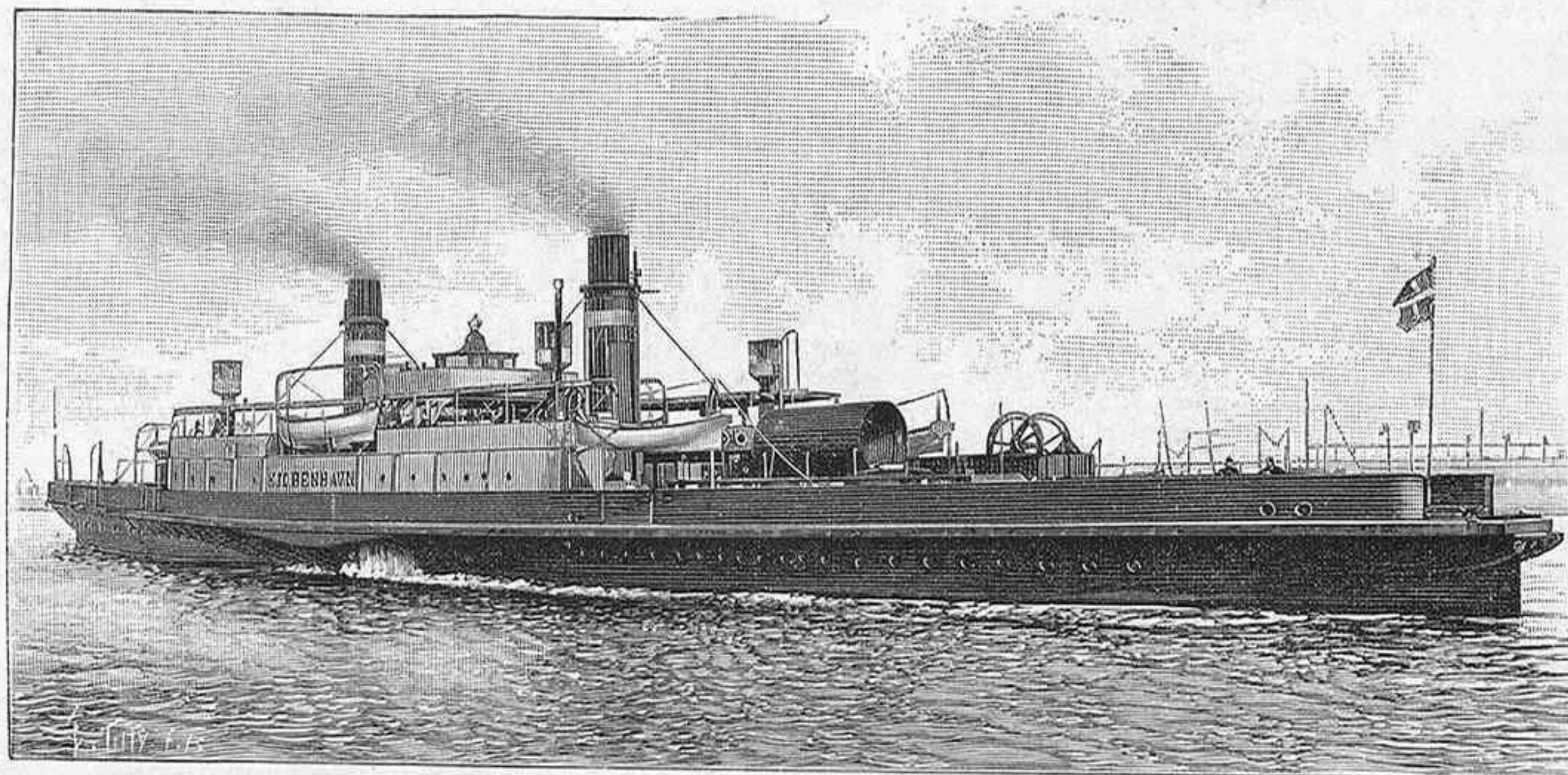


Fig. 2. - Buque transportador (*ferry-boat*) que hace la travesía de Copenhague á Malmo

Este barco, provisto de dos vías, puede transportar 18 vagones de mercancías de diez toneladas cada uno; las dos vías se reúnen en una sola en cada extremo del buque por medio de curvas de escaso radio, disposición que ha debido adoptarse para evitar la forma cuadrada que, de otro modo, hubiera tenido que darse á la proa y á la popa de la embarcación, forma muy defectuosa desde el punto de vista del cabeceo en tiempo de mar agitado. En cada extremo de las vías hay topes móviles cuya altura corresponde á la de los cojinetes de los va-

gones y que durante la travesía se apoyan en éstos impidiendo todo movimiento de los vehículos; además los vagones van amarrados al puente y á los rieles por medio de cadenas y otros aparatos de seguridad. La estabilidad del buque es muy grande aun en tiempo malo y con la carga máxima de vagones.

A causa de la poca profundidad del agua en los puertos de atracada, ha sido preciso emplear ruedas en vez de hélice. La longitud del barco entre perpendiculares es de 83'57 metros y su anchura en la cuaderna maestra de 10'37. Su anchura total, fuera de los tambores, es de 17'69 metros; su desplazamiento, con un calado de 2'90 metros, es de 1.450 toneladas. Las máquinas motrices compound, alimentadas por cuatro calderas, desarrollan una fuerza de 2.200 caballos;

la velocidad de marcha es de 12'5 nudos. En uno de los extremos del buque hay el salón de las clases 1.^a y 2.^a y otro con tocador para señoras; el de la clase 3.^a ocupa el otro extremo; en el centro está el cuarto de máquinas y el de calderas. El barco tiene alumbrado eléctrico y calefacción por el vapor.

Por regla general los *ferry-boats* no sirven para el transporte de trenes de viajeros, pues éstos prefieren dejar los vagones durante la travesía.

R. B. PRADELLE.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

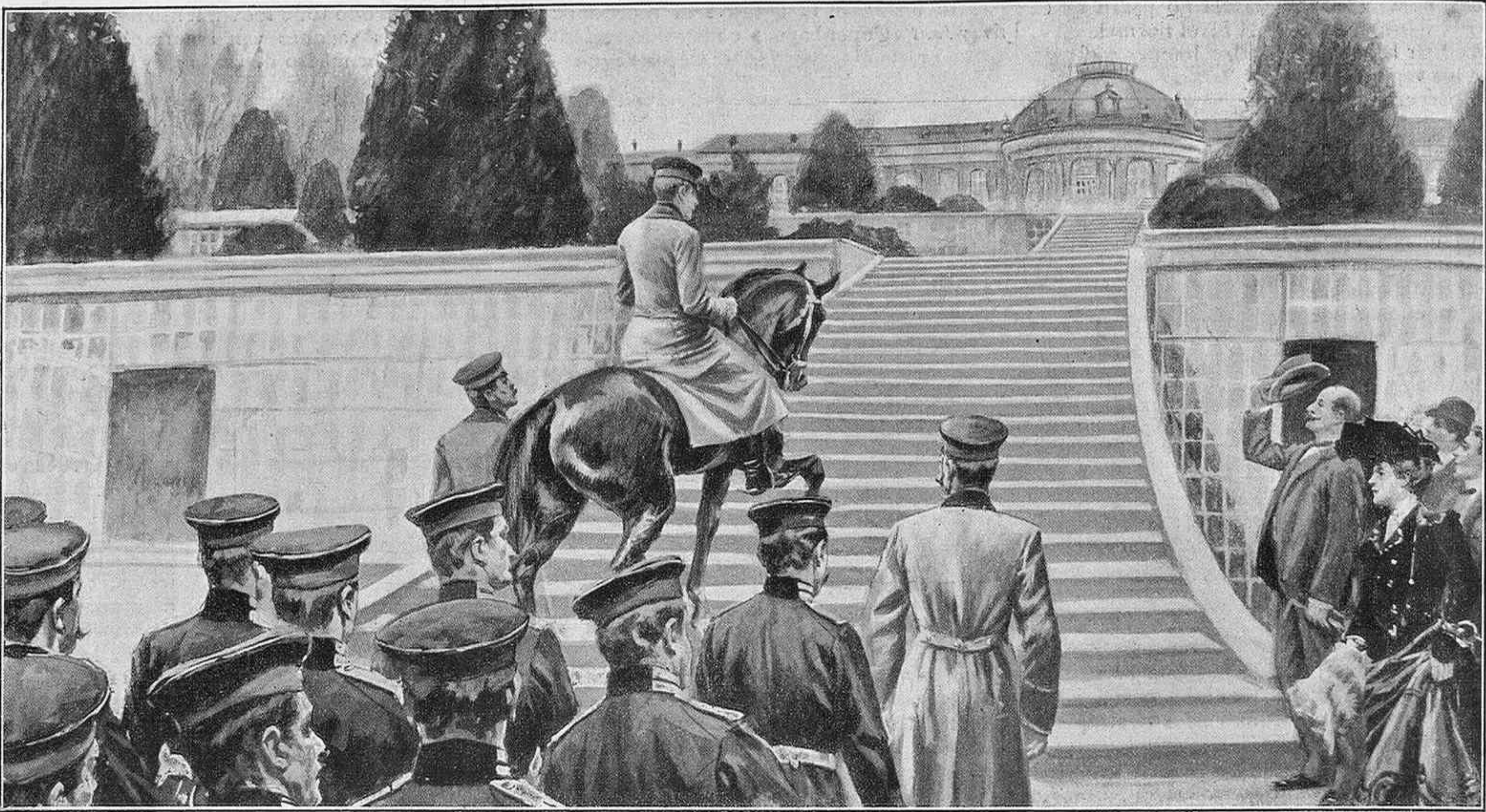
HARINA LACTEADA.
Alimento completo
NESTLE para
NIÑOS y ANCIANOS.
Contiene la Leche pura de Suiza.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el isgitimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILYORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA SUBIENDO Á CABALLO LAS ESCALINATAS DEL PALACIO DE SANS SOUCI, DE POTSDAM

Hace pocos días el príncipe imperial de Alemania sacó del cuartel á una compañía de reclutas de su regimiento, de guarnición en Potsdam, para revistarla. Montado á caballo, el príncipe dirigióse á los hermosos jardines del palacio de Sans Souci, y al llegar á las escalinatas

que conducen al edificio, obligó á su caballo á subir, con gran admiración de la gente que allí había, los doscientos escalones. Al llegar al final de aquéllas, descabalgó, y sirviendo de guía á sus reclutas les hizo recorrer el palacio de Federico el

Grande, describiéndoles las habitaciones y los objetos interesantes que allí se conservan. En aquellas escalinatas en donde el joven príncipe ha realizado ese *tour de force* de equitación, solía pasar muchos ratos su antecesor, el gran Federico, entre sus macetas de flores.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Reumáticos y Gotosos!
 Tratado de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA LA GOTA
 el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
 Fca. **PLANCHE**
 en Marsella (Francia).
 En todas las Farmacias bien surtidas.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET Y HONOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 Fca. G. SEGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CURACION cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTATICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES & Co.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
 ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos Siete Medallas de ORO
 EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
 Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria